

HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

III

SUMARIO:

ENSAYOS DE ANTONIO MACHADO Y MÁXIMO JOSÉ KAHN.
POEMAS DE MANUEL ALTOLAGUIRRE. NOTAS DE A. PORRAS,
ADOLFO S. VÁZQUEZ, A. SÁNCHEZ BARBUDO, JOSÉ M.^a OTS,
R. CHACEL, R. DIESTE, MARIANO G. FERNÁNDEZ Y RAMÓN
GAYA. RECUERDO DE GARCIA LORCA, POR PABLO NERUDA.



Viñetas de Ramón Gaya. Valencia, Marzo, 1937.

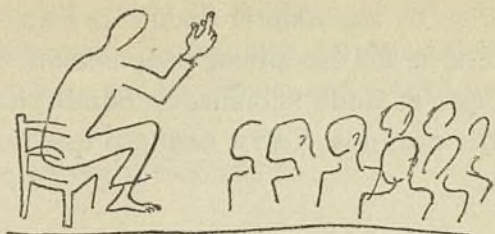
H O R A
D E
E S P A Ñ A

Tipografía Moderna, Primado Reig, 9 - Teléfono 11062 - Valencia

ENSAYOS
POESIA
CRITICA



*AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR*



SIGUE *HABLANDO* *MAIRENA A SUS ALUMNOS*

SOBRE LA DUDA

Claro es que la duda que yo os aconsejo no es la duda metódica a que aluden los filósofos, recordando a Descartes. Una duda metódica será siempre pura *contradictio in adjecto*, como un *círculo cuadrado*, un *metul de madera*, un *guardia de asalto*, etc. Porque el que tiene un método o cree tenerlo, tiene o cree tener un camino que conduce a alguna verdad, que es precisamente lo necesario para no dudar. Cuando leáis la obra de Descartes, el mayor padre de la filosofía moderna, veréis como es la duda lo que no aparece en ella por ninguna parte. Descartes es fe madura en la ciencia matemática, sin la cual es casi seguro que no habría nunca filosofado. Y en verdad que nadie ha pensado en colocar a Descartes entre los escép-

ticos. Pero yo no os aconsejo la duda a la manera de los filósofos, ni siquiera de los escépticos propiamente dichos, sino la duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte.

JHONSON Y DEWEY

Os confieso mi poca simpatía por los boxeadores americanos. Hay algo en ellos que revela la perfecta ñoñez de las luchas superfluas a que se consagran, y es la indefectible jactancia previa de la victoria. Si interrogáis a Jhonson en víspera de combate, Jhonson os dirá que su triunfo sobre Dewey es seguro. Si interrogáis a Dewey, Dewey no vacilará en contestaros que Jhonson es pan comido. Y yo desearía un juez de campo tan hercúleo, que fuese capaz de coger a Jhonson y a Dewey, y de aplicarles una buena docena de azotes en el trasero. ¡Qué falta de respeto al adversario! Y, sobre todo, ¡qué falta de modestia! ¡Cómo se ve que estas luchas, no siempre incruentas, tan del gusto de los papanatas, no pueden contener un átomo de heroísmo! Porque lo propio de todo noble luchador no es nunca la seguridad del triunfo, sino el anhelo ferviente de merecerlo, el cual lleva implícita—¿cómo no?—la desconfianza de lograrlo.

El torero—el gladiador estúpido, según el apóstrofe airado de un poeta—es mucho menos estúpido que el boxeador.

—¿Y qué nos va usted a *enseñá* esta tarde, *Sarvaó*?

—*Pue* que a *sartá* el olivo.

—¡Maestro!

—Si sale un torillo claro, *s'hará* lo que se *puea*.

Es decir, lo que hace un hombre, en las circunstancias en que un hombre puede hacer algo con un toro de lidia. Quien habla así, podrá no ser un héroe, pero no es un bruto. ¿Conformes?

—(La clase en coro) Conformes.

DE LOS INGLESES

Vivimos—sigue hablando Mairena a sus alumnos—en las postrimerías de un siglo marcadamente anglo-sajón, que rinde culto a la lucha y al juego. Se juega a pelear; se pelea jugando. Esto es lo que saben hacer los ingleses mejor que nadie. Casi me atreveré a decir que son los ingleses del viejo continente los únicos que saben hacer esto bien. Ellos han dado al juego algo de la gravedad de la lucha, y algo a la lucha de la alegre inocuidad del juego. El resultado no carece de belleza ni de elegancia. Pero nosotros, que no somos ingleses, como otros pueblos que, a su manera, tampoco lo son, debemos estar en guardia contra el genio deportivo y peleón de los ingleses, y no incurrir nunca en imitarlos, por mucha que sea nuestra simpatía hacia ellos.

EL HOMBRE CINÉTICO

Nunca nosotros hemos de profesar un culto desmedido a las actividades cinéticas, convencidos de que éstas se nos darán siempre por añadidura, mientras no logremos sustraernos al universo físico de que formamos parte. Ni el trabajo por el trabajo, ni el juego por el juego, ni la lucha por la lucha misma, que son maneras de rendir un homenaje—realmente

superfluo—al movimiento. La gracia está en pararse a ver, a contemplar, a meditar, en consagrarse un poco a las actividades quietistas. Quiero decir con esto que no pretendo educaros para hombres de acción, que son hombres de movimiento, porque estos hombres abundan demasiado. El mundo occidental padece plétora de ellos, y es su exceso, precisamente—no su existencia—, lo que trae al mundo entero de cabeza.

SOBRE LAS CONVICCIONES

Las convicciones—decía Federico Nietzsche—son enemigos más peligrosos de la verdad que las mismas mentiras. He aquí una de las proposiciones más escépticas que conozco. Confieso mi simpatía hacia ella. Pero, ¿a dónde irá un hombre sin convicciones, incapaz de convencer a nadie? El mismo Nietzsche, después de esta confesión, se nos mostró terriblemente convencido de cosas muy temerarias y problemáticas: la voluntad de poder, el superhombre, el eterno retorno, etc., etcétera. Y son estas convicciones desesperadas, con que los escépticos pretenden compensar toda una vida de estéril rebusca de la verdad, las que más honda huella dejan en nosotros, si queréis, las más dañinas y que más confirman la tesis nietzschiana, como enemigas de esta misma verdad.

*

Pero acaso no sean ellas las más peligrosas, sino otras de apariencia superficial, que revelan el rígido mecanismo del *sí* y el *no*, que funciona solo, automáticamente, en el fondo de nuestras almas.

*

Cuenta Mairena, ya en los últimos años de su vida, haber visto a una madre que llevaba de la mano dos niños pequeñitos, los cuales iban jugando a la política del día. Y uno de ellos gritaba: ¡Maura, sí! Y el otro: ¡Maura, no! Mairena vió alejarse aquel grupo encantador con cierta compleja melancolía de viejo solterón, por un lado, y de profeta rasurado y a corto plazo, por otro.

SOBRE UNA FILOSOFÍA CRISTIANA

Sobre la divinidad de Jesús he de deciros que nunca he dudado de ella. O el Cristo fué el divino Verbo encarnado milagrosamente en las entrañas vírgenes de María, y salido al mundo para expiar en él los pecados del hombre, que es la versión ortodoxa, difícil de comprender, pero no exenta de fecundidad; o fué, por el contrario, el hombre que se hace Dios, *deviene* Dios para expiar en la Cruz los pecados más graves de la divinidad misma, que es la versión heterodoxa, y no menos profunda, de mi maestro. Como veis ambas ponen a salvo la divinidad de Jesús. Sobre las dos habéis de meditar, bien con el propósito de conciliarlas, salvando, no ya la divinidad, que por sí misma se salva, sino el origen divino del Crucificado, bien, si ello no fuere posible, con el valor suficiente para eliminar una de ellas y ver en la otra el hecho cristiano en toda su pureza.

Para mí es evidente—sigue hablando Mairena a sus alumnos—que el Cristo trajo al mundo, entre otras cosas, un nuevo tema de reflexión, sobre el cual no hemos meditado bastante todavía. Por esta razón, creo yo en una filosofía cristiana del porvenir, la cual nada tiene que ver—digámoslo sin amba-

ges—con esas filosofías católicas, más o menos embozadamente eclesiásticas, con que hoy, como ayer, se pretende enterrar al Cristo en Aristóteles. Se pretende, he dicho, no que se consiga, porque el Cristo—como pensaba mi maestro—no se deja enterrar. Nosotros partiríamos de una total jubilación de Aristóteles, convencidos de la profunda heterogeneidad del intelectualismo helénico, maduro en el Estagirita, con las intuiciones, o si queréis, revelaciones del Cristo. Porque esto es para nosotros un acierto definitivo de la crítica filosófica, sobre el cual no hay por qué volver.

Otro de los grandes enemigos del Cristo y, por ende, de una filosofía cristiana sería, para nosotros, la Biblia, ese cajón de sastre de la sabiduría semítica. Para ver la esencia cristiana en toda su pureza y originalidad, los mismos Evangelios reputamos fuente de error, si antes no son limpiados de toda la escoria mosaica que contienen.

Otrosí: ni la investigación histórica, por un lado, ni, por otro, la interpretación de textos dogmáticos, han de aprovecharnos demasiado.

Nosotros partiríamos de una investigación de lo esencialmente cristiano en el alma del pueblo, quiero decir en la conciencia del hombre, impregnada de cristianismo. Porque el cristianismo ha sido una de las grandes experiencias humanas, tan completa y de fondo que, merced a ella, el *zoon politikon*, de Aristóteles, se ha convertido en un *ente cristiano* que viene a ser, aproximadamente, el hombre occidental.

LOS CUATRO MIGUELES

Decía Juan de Mairena que algún día tendríamos que consagrar España al Arcángel San Miguel, tantos eran ya sus

Miguel Servet, Miguel de Cervantes, Miguel de Molinos y Miguel de Unamuno. Parecerá un poco arbitrario definir a España como la tierra de los cuatro Migueles.

Sin embargo, mucho más arbitrario es definir a España, como vulgarmente se hace, descartando a tres de ellos, por heterodoxos, y sin conocer a ninguno de los cuatro.

LOS DEL 98

Estos jóvenes—Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98—son, acaso, la primera generación española que no sestea ya a la sombra de la iglesia, o si os place mejor, a la sombra de la sombra de la iglesia. Son españoles españolísimos, que despiertan más o menos malhumorados al grito de: ¡sálvese quien pueda!

Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias. Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble *Index Librorum Prohibitorum* que la espera: del eclesiástico, indefectible y... del otro. Del otro también, porque, frente a los que sestean a la sombra de la iglesia, están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo.

LA PATRIA GRANDE

La patria—decía Juan de Mairena—es, en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta

siquiera. Si algún día tuviereis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la marsellesa, la canta en español; si algún día grita: ¡viva Rusia!, pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.

ANTONIO MACHADO.

LA PLANTA NUEVA

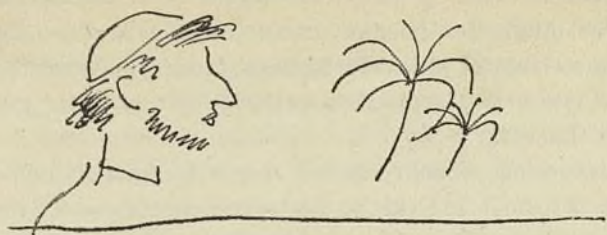
o el faccioso

HISTORIA NATURAL

...Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da en un solo año dos o tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y a un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cría sin cultivo, que nace solo y silvestre entre los matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos: esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos; el hecho es que en todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho la cría del faccioso, y la limpieza y el olor de la pólvora sobre todo, le matan: el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle a echar mano; se encierra y esconde como la capuchina a la luz del sol y se desparrama de noche; carcome y destru-

ye como la ingrata hiedra el árbol a que se arrima, tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge a los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras a una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones...

MARIANO JOSÉ DE LARRA.



LA CULTURA

DE LOS JUDIOS SEFARDITAS

El judaísmo es tan dulce y, a la vez, tan amargo, que hay que ser judío para sentirlo. El judaísmo es tan dulce y, a la vez, tan amargo, como la vida misma.

Así como el hombre vencido se siente tentado a deshacerse de su vida, el judío marchito se encuentra muchas veces a punto de tirar fuera su judaísmo. El martirio de verse odiado por su mundo ambiente le empuja hacia el suicidio religioso. Y, si en el último momento no atenta contra su judaísmo, es por el mismo motivo que a veces hace vacilar al verdugo de su propia vida: el más acá es, a la vez, amargo y dulce, y nadie sabe cómo es el más allá.

La Tora, el gran pergamino antiguo, que enseña el judaísmo al judío, se llama a sí misma: fuente o árbol de la vida. Y aunque no fuese así, veríamos nosotros, conocedores de las viejas religiones naturales y de las modernas religiones políticas, que el judaísmo está justamente en medio de ellas, que tiene tanto de la naturaleza providencial como de la política humana y que es, finalmente, una efigie fiel de la vida. La religión mosaica surgió en el momento—polo opuesto del instante actual, que origina el proceso contrario—en que la humanidad

llegó a abarcar el valor del individuo dentro de la colectividad, de ese individuo que quería ser imagen de un único dios. Pero las primeras palabras que escribió el judaísmo monoteísta en su Tora son: Al principio era el Cielo y la Tierra. Esto quiere decir: lo dulce y lo amargo. El judaísmo. La vida.

Todas las prescripciones judaicas, tanto las severas como las tiernas, tienden a formar individuos que sepan amoldarse a la vida hasta el punto de sentirse vida ellos mismos. El mandamiento de la circuncisión, las prohibiciones de manjares, el baño ritual, el descanso sabático absoluto, el día de la suma abstinencia—todo esto resulta ser una norma higiénica—. Y respecto al espíritu y al alma especialmente, ordena la Tora que el hombre explore en ella día y noche.

Entregándose íntegramente al estudio de este libro de los libros llegará a conocer todo lo dulce y todo lo amargo. El judaísmo. La vida.

El ser encarnación de la vida tiene consecuencias muy dulces y muy amargas. Es dulce sentirse uno con la vida; pero a los hombres no les gusta la vida como es; «tratan de embellecerla e incluso a costa de la vida misma».

El odio que se tiene contra el judaísmo es comparable únicamente al odio que se puede llegar a sentir contra la vida. La historia del judaísmo, en su totalidad, es una historia de persecuciones ininterrumpidas. Pero el hecho de que el judaísmo, a pesar de este destino, no sucumbió, como no sucumbe la vida, demuestra que todos los sufrimientos fueron soportados. La autoconservación judaica tiene dos facetas: *humildad* y *orgullo*. Estas dos semblantes corresponden a las dos grandes ramas de la cultura judaica: la *azquenasita* y la *sefardita*.

Azquenasitas se suelen llamar a los judíos no inmediatamente oriundos de Iberia. La mayoría de ellos viven, en parte ya desde hace muchos siglos, en Alemania, Austria, Polonia, Rusia, Francia, Inglaterra, América del Norte, Palestina. Expuestos al clima cruel, al ambiente áspero y a la mentalidad enjuta del mundo nórdico, su instinto les impuso el comportamiento de transigencia. Sus caras suelen enunciar plásticamente todos los sufrimientos padecidos y por padecer. A veces es como si llevaran sobrepuestas unas caretas expresionistas, queriendo indicar mediante estos artefactos naturales que la fisonomía no basta para narrar toda

la desdicha. Del modo de pronunciar su ebreo, el idioma sagrado para sus entrevistas con Dios, irradian sus angustias: la clara A de los sefarditas se oscurece en la boca azquenasita hasta llegar a una O negra; la E metálica y serena del ebreo peninsular se reblandece en su cueva bucal a un éi lacrimoso; la orgullosa O ibérica se convierte en los gemidos AU u OI del mal herido y la T final varonil de los judíos españoles se derrama de sus labios en forma de una doble SS infinita y rauda. El espíritu de los ebreos azquenasitas se envolvió resignado en la capa de una ironía dolorosamente amarga. De ahí que todas estas profundas anécdotas neotalmúdicas de los judíos alemanes saben en su sabia vetustez tanto a aceituna.

Aceite es en el fondo un vino que, joven ya, tiene la densidad aceitosa del vino rancio. Si hubiese uvas de las que se pudiese prensar vino rancio, tendrían que ser como aceitunas.

Los judíos *sefarditas* tomaron su nombre de la designación *Sefarad*, que aparece en la Tora como camafeo de Iberia. Muchos indicios parecen comprobar que estos ebreos—es decir, *los ebreos*—no sólo descenden directamente de la población primitiva de la Península, sino que ellos mismos fueron los primeros pobladores de esta comarca. El polaco Milosz y el autor de este ensayo están dedicados desde hace muchos años a acarrear las pruebas rotundas que han de convertir en experiencia esta hipótesis atractiva. El nombre *iberos* de por sí y el del gran río principal *Ebro* de esta tribu nos proporcionan ya un dato precioso; pues los *ebreos* se llaman en su propio idioma ebreo *iberim*. En el euskaro se encuentran más de treinta voces nativas que coinciden completamente con sus correspondientes términos ebreos o los reflejan fielmente. El segundo testimonio fundamental lo alega la existencia de la otra Iberia, la caucásica, que fué vecina de la comarca de Ur, de donde Abraham emigró a Palestina.

Con el origen ibérico de los ebreos se aclararán muchos fenómenos trascendentales que hasta ahora no se ha conseguido interpretar. En primer lugar se comprendería cómo fué posible que surgiera en Egipto, donde sirvieron los ebreos durante tres generaciones de artesanos y artífices, de repente el culto ibérico del toro y que los vasos de plata encontrados en Troya ostentaran formas ibéricas.

Al hablar de judíos sin más, la opinión pública actual suele enfocar la magnitud numérica y religiosa del judaísmo azquenasita. En efecto, ya no hay más de un millón y medio de ebreos sefarditas en el mundo. Y este puñado de hombres viven dispersos, y en parte completamente inadvertidos, en el Norte de Africa, Italia, Turquía, Grecia, Bulgaria, Mesopotamia, Egipto, Persia, Holanda, Francia, Inglaterra y América. En el siglo XIV, cuando los judíos sefarditas representaron todavía uno de los componentes primarios de la población ibérica, igualaron o superaron numérica y religiosamente a los ebreos azquenasitas. Pero el destino de los israelitas de origen ibérico es ir reduciendo cada vez más su presencia física, derretirse como la cera y dejar que su convivencia enriquezca a pequeños sorbos su esencia vital a costa de la substancia sefardita.

Al considerar el trágico y grandioso sino de los sefarditas, nos sobrecogen los mismos estremecimientos sensitivos que se vierten sobre nosotros al recordar las culturas enigmáticas de los incas y aztecas. La misión de los sefarditas es sucumbir para que viva su cultura judaica. Estos ebreos poseen el don de poner término a su vaivén terrenal como quien intercala un jipío en su cante. Para que una trayectoria vital sea digna y valiosa es necesario que se extienda sobre un espacio bien articulado. Y la vida mesurada es aquella que en la memoria póstuma sigue oscilando en los mismos ritmos que la animaron antes del jipío.

Cuatro maestros enseñaron a los judíos sefarditas la serenidad: Jasday ibn Shaprut, Moisés ben Maimón, Yehuda Halevi y aquel rabino anciano sin nombre que murió en la hoguera de la Inquisición, los labios sellados.

Jasday ibn Shaprut es el sabio diplomático que en el siglo X creó, bajo el Califa Haquim II de Córdoba, una biblioteca de 400.000 piezas y que santificó la maravillosa frase talmúdica: El mundo existe por el aliento de los niños escolares. Fué un sabio como aquellos que peregrinan por los cuentos de todas las antiguas culturas, que franquean los contornos de su propia presencia humana y cuya imagen se despliega ante nuestros sentidos como el espíritu omnisciente y omnipotente de la Sabiduría. La morada de este hombre fué la Corte; su hazaña, la cortesía. Construí puentes para eliminar las distancias, aliviar las desigual-

dades, armonizar las divergencias. Nos recuerda los antiguos bordados chinos que reproducen con tanta ternura eruditos y esbeltos puentes. Jasday ibn Shaprut fué pontífice.

El médico Cordobés del siglo XII, Moisés ben Maimón, no separó en su arte el alma del cuerpo. Escribió un libro: «Guía de los extraviados». Esta obra creó a su autor. Hizo de él un guía de los descarrilados. Y este guía escribe una vez: «Hablando él (el erudito) de esta manera mesurada, que esté atento a no exagerarlo tampoco, para que su sensatez no se pierda en altanería». Y otra vez en una oración que se atribuye a él, dice: «Señor, dame sobriedad en todo, menos en mi arte». La escrupulosidad distantiva de Maimónides llegó a tal punto que no trató a sus descarrilados en su calidad de médico, sino como mediador entre el médico que habitó en él y los necesitados. Y esto no fué una actitud filosófica del filósofo, sino práctica. Tantas veces se presentó él a sí mismo como paciente y no supo curarse. Entonces se puso a trabajar. Y la obra, la intermediaria, que otras veces le había creado, ahora le recreó.

Los cánticos de Yehuda Halevi, recogidos en una colección titulada «Divan», son excelsos. Por eso me acostumbré a llamar a Yehuda Halevi «Pescador de perlas», un sobrenombre que se dió a otro poeta judío. Pero él fué el lírico más grande de todo el judaísmo. La Providencia confirmó este destino borrando casi todos los datos de su existencia civil y dejando intacto exclusivamente su sino poético. La misma Providencia puso a este toledano del siglo XI un monumento: los arcos y capiteles de aquella sinagoga contemporánea de Halevi, que hoy lleva el nombre de Santa María la Blanca. Al considerar la pluralidad monótona de aquellos arcos se desvanece su aspecto multiforme hasta reducirse a la imagen de una sola columna coronada, un árbol petrificado, esbelta efigie del joven poeta Yehuda Halevi. El capitel de esta estatua ostenta, armónicamente enlazados por un velo marmóreo cincelado, los elementos más distintos de decoración. Esta armonía turbulenta es el símbolo de la serena genialidad de Halevi. Pues la serenidad no es calma ni quietud, sino huracán dominado. De los labios de Yehuda se derramaron canciones de amor hondamente voluptuosas y elegías religiosas que llegaron a formar parte de la liturgia judaica. Este sublime danzarán líri-

co abarcó los comportamientos más contrastivos del alma. Pero todas sus creaciones emanan el aliento pausado, frenado y restringido por su medida íntima de una vida que descansa en sí misma.

Todos conocemos a aquel viejo rabino anónimo, signo de las víctimas judaicas del Santo Oficio, que murió quemado vivo en la suma tormenta inquisitorial. La imagen es tan emocionante que su veracidad roza los límites de la leyenda y de la alegoría, reposo terrenal común de todos los seres. En todas partes del mundo hay hombres que saben bien morir. Pero el sefardita medieval se echó en los brazos del hermano fuego, orgulloso y erizado, como quien se tira de un alto puente curvo o besa a un leproso, subyugado por la atracción enigmática del sumo peligro. Se entregó a las llamas para otorgar a la languidez de la vida, mediante la cesura mortal, la forma digna de la obra de arte.

Éstos cuatro maestros enseñaron a los sefarditas las cuatro facetas de la serenidad: la del ánimo, la del espíritu, la del genio y la del cuerpo y alma. Y lo que enseñaron lo había reflejado en ellos la serenidad del cosmos hispánico. La cultura de los judíos sefarditas es un enrejado de reciprocidades, enlazamientos y correlaciones. El ebreo no vive nunca y en ningún sitio del mundo sin enseñar. Su ser fecunda constantemente su ambiente, dejándose fecundar por él. Cada gesto judío expresa: *Do ut des*, doy para que des.

La indagación acerca de la cultura sefardita ha de surtirse de tres filones: de la historia sefardita documentada desde sus principios hasta su extinción peninsular ocasionada por la expatriación de los ebreos en el siglo xv; del destino consecutivo de los desterrados y la vida de los sefarditas contemporáneos en los países de la diáspora; de la historia de la cultura española.

Barajando las experiencias que nos suministran estos tres protocolos primarios llegaremos a formarnos una idea de lo que es la cultura sefardita absoluta.

Al principio de la época de los doce o trece siglos que los ebreos ibéricos pasaron juntos y mezclados con los demás componentes de la población peninsular, fueron filósofos, astrónomos, médicos, comerciantes, artesanos, campesinos. Más tarde las leyes cristianas les prohibieron ejercer la medicina, tener tierras. A la vez les privaron de ciertos dere-

chos civiles. Por su propia ley les es vedado a los ebreos ejecutar las artes plásticas y pictóricas; la Tora arrebató a sus discípulos el hondo goce voluptuoso de hacerse una efígie de su Dios, y el arte es la exteriorización de la divinidad que nos habita.

El dios monoteísta abstracto y nunca representado era un oráculo terrible, sobre todo para seres que acostumbraban a rezar en sus iglesias bajo un verdadero bosque de estatuas y estelas sagradas. El enigma impenetrable de su deidad judaica, que los judíos llevan en sí y que ostenta su jaez, llegó a ser el motivo metafísico de las persecuciones. La incompreensión produjo el odio, y el odio la matanza y la destrucción.

En los judíos mismos originaron las restricciones religiosas y temporales una nueva pujanza sensitivo-espiritual. Su ímpetu interno, subterráneo, resultado de la opresión externa, logró su suma cristalización en el siglo XV cuando aquel sefardita que ni quiso perecer en los calabozos del Santo Oficio ni ir al destierro, se transmutó en kriptoebreo, en ebreo secreto o *marrano*, como le llamó la Iglesia, en parte como ofensa, en parte aludiendo a la célebre aventura de la metamorfosis de Ulises en la isla de Kirke. Estos kriptoebreos, que se bautizaron sin dejar de ser judíos, y los nuevos cristianos, que dejaron de ser judíos sin que se agotara en ellos el judaísmo, formaron un precipitado absoluto de sefardismo. Todavía hoy existen marranos puros en Portugal. Su secreto tomó posesión de ellos hasta el punto de diluirse en propiedad de carácter. Su judaísmo se ha reprimido a una substancia de mínimo volumen, pero de enorme densidad y tensión éticas.

La gran masa de los judíos ibéricos se marcharon. Su éxodo fué uno de los espectáculos más tristes de la historia medieval. La misma Providencia se compadeció de estos hombres desdichados. En el año de su expulsión se descubrió el Nuevo Mundo, que más tarde llegó a acoger a muchos miles de emigrados. Todos se llevaron a sabiendas o inconscientemente, como la mariposa el polen, la semilla de la cultura sefardita, mezcla de cultura española y judaica, y la dispersaron por las tierras de sus migraciones.

Los países que ofrecieron asilo a los sefarditas expatriados pueden dividirse en dos clases: los que habían desarrollado una alta cultura,

como Inglaterra, Holanda, Francia, Italia, y los de un nivel cultural medio o bajo, como Marruecos, Turquía, Grecia, Egipto.

Los primeros tardaron en acoger a los refugiados; pero, una vez concedido el permiso de establecerse, disfrutaron plenamente de las ventajas que ofrece una vida científica, artística y comercial en flor. Los sefarditas consiguieron altos cargos. Pero las propiedades típicamente culturales del judío ibérico se iban borrando. De los ebreos de origen español en estos países, no ha quedado más que la *civilización sefardita*.

El proceso contrario se realizó en las comarcas situadas al Este y Sudeste de la Península Ibérica. Aquí vivieron entonces pueblos parásitos de su propio pasado espléndido. Sus huéspedes sefarditas llegaron a ser sus preceptores. Pero cuatro siglos de vida fecunda entre hombres de una formación simple y ruda, hombres de instintos romos que no sabían responder a la invitación de la esgrima civilizadora, agotó en los sefarditas la energía de progreso. El sefardismo del Sudeste se volvió en sí mismo, se limitó a su esencia y engendró un comprimido inaparente, pero valioso, del de la cultura sefardita.

La Península Ibérica se había convertido entretanto en un país sin judíos, pero no sin judaísmo. Desde los principios del siglo XVI, nadie pudo profesar públicamente la religión israelita; pero los kripto-ebreos siguieron celebrando en los sótanos de las casas sus ceremonias festivas; los judaizantes no dejaron de enunciar su simpatía por la confesión de sus antepasados, y los recién bautizados cristianos nuevos indujeron su judaísmo nativo directamente en la cristiandad española.

Entre estos renegados había personas, familias y clanes enteros que por su cultura, su prestigio y sus riquezas lograron ascender a los puestos más altos del Estado y de la Iglesia. La aristocracia católica se apresuró a estrechar lazos matrimoniales con ellos. Incorporados estos elementos en la sociedad española, se iba propagando y fomentando la mentalidad judaica en la Iberia sin judíos. Con un grano de sal se puede decir que en la España puramente católica la compenetración sefardita fué más intensa aun que en la España judaica. Pues mientras en los siglos antes de la expulsión se pudo encerrar a los judíos en barrios especiales, para contener la difusión de su influencia, ahora

subió su espíritu desde los subterráneos kriptoebraicos hasta los despachos ministeriales, y bajó desde los palacios cardenalicios hasta la choza de la curandera *marrana*, infiltrándose en todas las capas sociales.

Las facetas judaicas en la cultura cristiana pueden percibirse a través de todas las generaciones y siguen reluciendo todavía hoy, especialmente en aquellos pueblos de Castilla y Andalucía cuya población en 1492, en vez de emigrar, se convirtió aparente o virtualmente al cristianismo. Palabras ebreas de matiz delicado se incrustaron en el idioma castellano. Un término extraordinariamente expresivo es *desmazalado*. La voz ebreá *mazal* designa la suerte de un hombre afortunado, cuya suerte representa una propiedad de carácter; el *desmazalado* es el individuo que siempre trata de hacer el bien y siempre causa el mal. El folklore español rebosa componentes sefarditas. La medicina popular ibérica aplica todavía hoy recetas judaicas. Y lo que es más significativo: aquellas familias sefarditas que en los siglos xv y xvi se volvieron católicas y que llevan, en parte, nombres que ostentan todavía sus parientes en la Diaspora sefardita, emiten, por muy católicas que sean, aún comportamiento judaico.

El fondo de todos los rasgos y fenómenos de la cultura sefardita pura es la serenidad, que ostenta la mirada de los hombres pintados por el Greco. Esta propiedad se destaca al contacto con la faceta azquenasita del judaísmo. El judío azquenasita es grave, oprimido por sus preocupaciones, y si desencadena sus débiles esperanzas, exterioriza la actitud irritada del convaleciente entre dos enfermedades; su risa se vierte saturada de lágrimas. Cuando al sefardita le escapa una lágrima, se funde su llanto con la melodía del aliento. No sólo cantan los que cantan; cantan también los que lloran. Para el sefardita el dolor es un sentimiento de amargura tan festiva como la inspiración, aquella inspiración que nos exige crear la obra y nos arroja al hontanar donde habita la felicidad y la desesperación. Del mismo modo que el judío español donó en los siglos de una vida dichosa a su patria grandes filósofos, médicos y astrónomos, ofreció al pueblo español en la época del infortunio la magna creación del *Cante jondo*; *cante jondo* —el español medieval pronunció y el sefardita sigue pronunciando la j

a la manera gallega y portuguesa—es una corrupción de la voz ebraica *cante yomtov*, que significa cante de día festivo. El sobrenombre de *cante flamenco* lo crearon los ebreos secretos de España para designar con él los cantes que sus correligionarios emigrados a Flandes (Holanda) podían ejecutar sin miedo a los esbirros de la Inquisición. La forma más pronunciada del cante jondo ebraico es la *Saeta*, aquella Saeta que ejecutan los cantaores en la Semana Santa andaluza, que tuvo que recitar el sefardita-penitente recientemente convertido en cristiano nuevo y que cantan todavía hoy los judíos españoles en su culto religioso, sobre todo en la víspera de Yom Kippur, el Día del Perdón. La Saeta es el cante del mártir. Pero el dolor expresado en ella es un dolor inefablemente orgulloso. La serenidad del sefardita clásico no concedió a su contrario la alegría negra de verle sufrir.

Los siglos no pudieron extinguir en el ebreo español la virtud del orgullo. El mendigo sefardita en la judería de Esmirna no pide sino que exige. No reclama la limosna con palabras. En sus adentros suenan voces ebraicas como charangas de una corneta de plata con el acento en la última sílaba, acento que tomaron del castellano. Es su cuerpo erizado que señala como un dedo índice los trapos que le envuelven y que ordena al menos pobre a socorrerle. El orgullo del pordiosero es el mismo que otorgó y sigue otorgando su encanto específico a la judía sefardita. Las leyes eclesiásticas prohibieron las relaciones amorosas entre cristianos y judíos. A pesar de esto, tenían reyes, príncipes, nobles y prelados sus bellas amantes judaicas. La palabra ebrea, que designa este orgullo donairoso de la mujer, es *hen*; de ella suscitó el adjetivo *henoso*, que muchos toman por un derivado de *heno*. La sefardita *henosa* es una mujer intangible, no porque no esté dispuesta a entregarse, sino porque no se entrega nunca íntegramente. Queda intangible y sigue instigando los sentidos del hombre aun después de haber perdido sus encantos primordiales. La sefardita *henosa* es intangible para ella misma. Nunca se diluye el vaho de orgullo soberano que rodea su ser y que impide la entrada a las inquietudes extrañas y propias.

La intangibilidad del hombre sefardita es menos ilesa, pues se encuentra perforada por los postulados del mundo. Sin embargo, es difícil llegar hasta el verdadero ser del ebreo español. No le envuelve nin-

gún velo de misterio, sino que sucede todo lo contrario: su orgullo se exterioriza en un comportamiento sumamente franco, sincero y comunicativo. «Lo claro lo bendice Dios». El judío ibérico que vive en los países de baja cultura se caracteriza incluso por una ingenuidad casi infantil, animal, vegetal. En él son los *instintos* los que rigen su destino. Y estos instintos autoconservativos, que le empujan siempre a desplegar la máxima dignidad, le hacen tan impenetrable como lo es el niño no adiestrado, la bella fiera de la selva, la planta silvestre. El sefardita inglés y holandés es algo más consciente. El ambiente en que se mueve ejerce sobre él una influencia civilizadora de la que no se puede ni quierre sustraerse. Sin embargo, es igualmente intensa la pujanza instintiva en las dos categorías sefarditas.

Esta pujanza irradia de un modo obvio de la fuerza sefardita de imaginación, otra gran herencia española.

De la Tora suscitó la gran obra de interpretación y comentario que se llama Talmud. El Talmud, aquel gigantesco compendio de la ciencia, del sensitivismo y de la visión fantasmagórica del judaísmo, fué redactado por una colectividad heterogénea de autoridades rabínicas. El estudio del Talmud exige una intensa fuerza imaginativa e intensifica, por su parte, la fuerza imaginativa que se le presta. Esta obra trata tanto los problemas finitos como los infinitos, y su estudio perturbó muchas veces irremediabilmente el espíritu que se entregó a él.

El claro instinto sefardita sintió el inmenso peligro humano que encierra la labor talmúdica. Y como un remedio genial brotó de su energía mesurada espontáneamente la *guasa*. La guasa sefardita, que hoy es un bien común de todos los españoles, no tiene que ver nada con el chiste azquenasita. El chiste de los ebreos azquenasitas, por bueno que sea, y sobre todo cuando es bueno, plantea otro problema nuevo, a veces tan profundo que merece ser incluido en el Talmud. El chiste azquenasita es un producto del espíritu. La guasa, reacción inconsciente de vibraciones instintivas, da el alto a toda problemática mortal. Sabemos que al sefardita no le importa morir, pero su serenidad le prohíbe morir sin que su muerte contribuya a cumplir su vida. La guasa, este muro insuperable de aquellas meditaciones y especulaciones que conducirían al más allá de la sensatez, es la salvación ideal para la vida que

no quiere arrojarse en los hontanares dulces y amargos, pero más amargos que dulces de la locura.

Es maravilloso el instinto imaginativo que aplica el sefardita al ejercer su guasa. Mediante su guasa florida sabe estratificar o reconstruir mundos tan multicolores y esteleantes que despiertan ganas insaciables de vivirlos.

Al ser desterrados de la Península Ibérica, los judíos conservaron en su nostalgia la imagen fiel de los barrios, de los callejones, de las casas y de las sinagogas, que tuvieron que dejar atrás. Al pisar tierra después de haber cruzado el mar, se dispusieron a volver a transformar en sinagogas, casas, callejones y barrios las efigies que llevaron en la mente. Así surgieron en tierras búlgaras, rumanas, turcas, griegas, marroquíes juderías que no se diferenciaron en nada, sino en la atmósfera meteorológica de los barrios judíos de la verdadera Sefarad. En el transcurso de los siglos muchas partes de estas moradas sucumbieron víctimas de incendios, de saqueos, de la vetustez. La gente tuvo que emigrar. Semejante suerte habían corrido entre tanto las juderías en tierras españolas. Sólo pocos barrios ebraicos quedan en pie en la Península; no conocemos más que unos cincuenta edificios que conservan más o menos bien su carácter de antiguas sinagogas, y no es grande el número de casas particulares judaicas intactas. Pero mientras que en España la vida ebrea se va evaporando poco a poco en nebulosidades, en la Diáspora sigue ostentando cuerpo y un cuerpo garbosamente trazado.

El judío azquenasita suele sacrificar su vida a la obra. Se consume para consumarla. El sefardita trabaja para vivir. No es que sea gandul, al contrario: el comerciante sefardita se ha hecho famoso por su actividad. Pero, a pesar de su comportamiento laborioso, su obra principal sigue siendo la vida misma. Del mismo modo como el Pescador de perlas logró reproducir en su lírica el pulso del paisaje andaluz con su jipío, que intercala de vez en cuando para reducir a plenitudes mesuradas su impetuosidad de abundancia, se apercibe el instinto de sefardita moderno del ritmo de la tierra que habita. Y a medida de este ritmo va hilando la estructuración de su vida.

Esta vida está orientada igual que la casa mora, hacia dentro. El sefardita vive en el patio de su vida. De las imágenes que le surte su

fuerza visionaria y de las imágenes que le comunica la fantasía vecina, está componiendo y descomponiendo constantemente bellas y gráciles vidas nuevas. Y éstas son de una inaudita plasticidad guasona. Nunca se marchitan sin haber dado el fruto fulminante. Los ingleses protestantes saben que la hora de conversación que pasan en casa de un sefardita está iluminada por algo que les arrebató, pero que no pueden definir. Y este encanto indefinido es la guasa, cuya superficie tornasolada asegura a la charla continuidad sempiterna, mientras que su contenido refrena la especulación mortífera. La guasa rehuye la repetición; el instinto encuentra para cada sentimiento auténtico una expresión original, y cada nuevo invento detiene la corriente vulgar del desarrollo. Sin el freno de la guasa el sefardita sucumbiría estrangulado por las enredaderas de su imaginación.

El sefardita intercepta todas sus actitudes desde la totalidad de la vida hasta el pequeño gesto, volviéndolas medidas. Los dos cauces de su historia, el judaico y el español, conducen a este fin. La vida judía tiene el Yom Kippur, *el Día del Perdón*, el término festivo más excelso del ebreo. Para poder celebrar sus ceremonias religiosas, místicas y míticas, el judío ha de ayunar durante veinticuatro horas, abandonar por completo sus quehaceres, por ínfimos que sean, y entregarse íntegramente a la oración. La Tora prescribe el *descanso sabático*. Las ordenanzas para el sábado judío son mucho más severas que los mandamientos dominicales. El sábado quiere interrumpir con una tregua absoluta las penalidades de la semana; un día entero en la semana debe vivir el judío como una deidad: no fatigándose en lo más mínimo y manteniéndose del sacrificio ajeno—que es la propia labor de otros días.

El paisaje, el clima y el ambiente de España enseñaron al sefardita el *jipío*, y estos mismos elementos le impusieron la *siesta*. El valor decisivo de la siesta no es el sueño, sino lo que tiene de nirvana enclavada en la sanzara del orbe, la introducción de una nada en el todo del día.

Y los dos cauces históricos, el judío y el español, juntos, muestran al sefardita cómo se puede interpolar la muerte en el transcurso de la vida; la ley judaica, señalándole un más allá eminentemente seductor, los eventos españoles incitándole a morir para dignificar retrospectivamente su presencia terrenal.

De este modo conoce el sefardita cinco simulacros de la muerte auténtica: la muerte del sacerdote sacrificado, el Día del Perdón, el sábado, la siesta y el jipío, o sea: la intercepción de la trayectoria total del año, de la semana, del día, de la hora.

Con un ánimo articulado de esta suerte el sefardita se puede arrojar a los más terribles excesos, desmanes, desafueros, demasías e incluso libertinajes, sin sucumbir. Siempre sentirá las riendas con que la tradición sujetó su alma. El mundo tiene al sefardita en alta estima. Ni las persecuciones medievales, ni la Inquisición, ni su expulsión de la Península Ibérica fueron resultados del desprecio, sino del temor. La convivencia heterodoxa y a veces heterogénea de los sefarditas fué recelosa de su preponderancia cultural y de la competencia humana que ofreció. Hay pruebas irrefutables de que el antijudaísmo que se expresó en aquellos actos no tiene otra explicación. Los sefarditas expulsados de España y Portugal en nombre del Papa, fueron acogidos en la misma Italia y pudieron establecerse en Roma a los pies del Sumo Pontífice; el Padre de la cristiandad no temía las altas calidades de los judíos españoles. Y a aquellos otros israelitas ibéricos que se convirtieron, aunque sólo aparentemente, al catolicismo, por no tener que ir al destierro, se les preparó un recibimiento espléndido en los círculos de la alta aristocracia española, pues desde este momento estaban bajo el control de la Iglesia y su talento favoreció a sus nuevos familiares.

Esta simpatía que se experimentó en la Edad Media, ha aumentado a medida que iba menguando el número de los sefarditas en el mundo. Ya insinuamos que el destino del sefardismo es reducir su volumen casi hasta aquel límite donde se realiza el tránsito de lo concreto a lo abstracto. Mientras que el azquenasismo en el transcurso de los siglos iba exteriorizando su sino cada vez más plásticamente, siempre con un expresionismo más intenso, hasta llegar a ser el *cuerpo* del judaísmo, el sefardismo va retirando su presencia externa y concentrándose a su esencia íntima hasta poder ser considerado como el *alma* del judaísmo.

Del millón y medio de sefarditas que actualmente viven en los países de su Diaspora, unos 190.000 se sumergieron en el océano humano de las Américas, y hace falta ser muy perito en la materia sefardita para descubrirlos. Unos 650.000, que viven principalmente en

Marruecos, Turquía, Grecia, Bulgaria y Egipto, guardan la mentalidad española, el idioma castellano en su fase medieval y cervantina y los antiguos romances—que son la historia cantada de la cultura hispano-sefardita—a veces en una forma corroída por la causticidad del tiempo y a veces enriquecida por la labor creadora de los hombres. Son éstos a los que se refiere principalmente la concepción del *alma del judaísmo*.

Este puñado de hombres, documento animado del pasado de España, viven en el destierro, donde sus antepasados encontraron albergue. Se sienten atormentados por la nostalgia de poder volver a su antigua patria, la Península Ibérica, Sefarad. Son hombres ibéricos que no anhelan otra cosa que expansionarse en la libertad ibérica. Dicen: Nadie ve lo que todos ven. Con esto quieren decir que la dependencia de las masas produce imágenes falsas de la vida y que la visión justa la puede obtener únicamente el hombre independiente.

Desde ultramar sienten que ha llegado la Hora de España, y de sus lontananzas nos viene una voz hermana preguntando que cuándo llega la Hora de Sefarad.

MAXIMO JOSE KAHN.

ULTIMA MUERTE

(LINEAS DE FUEGO)

Febrero de 1937

I

Pido la última muerte de esta guerra
porque quiero mirarme en la corriente
como un dolido cuerpo macerado,
cual árbol que despojan de sus frutos,
al que arrancan sus ramas
y aprovechan el leño de su tronco...

Y si no puedo verme,
si de mí quedan sólo las raíces,
si los pájaros buscan vanamente
el lugar de sus nidos
en las tristes ausencias de mis brazos,
entonces, desde el fondo,
con el silencio de una primavera,
brotarán de la tierra como llanto
insinuaciones de verdor y vida.
Seré esa multitud de adolescentes,

esa corona de laurel que ciñe
el tronco quebrantado por el hacha.
Multiplicada vida da la muerte.
Múltiples son los rayos de la aurora.

II

Cuando se aleje, suba, nos corone,
este espacio de tiempo incandescente,
esta guerra flamígera en que estamos,
cambiará con su lluvia y con su fuego,
los estériles campos de la Historia.
Todos los manantiales son heridas
y al quebrarse la tierra para el agua
olvida las tinieblas del subsuelo.
No hay corriente de goce que no venga
de una lejana fuente de amargura.
Al dar su luz el fuego se consume.
Así nuestro dolor tendrá su gloria.

III

*La última muerte de esta guerra
se desprendió de su ruina.
Un huracán. Quedó la tierra
adolescente, matutina.*

*El virginal renacimiento
iluminó al superviviente.*

*Enmudecido quedó el viento
ante la vida diferente.*

*Miraba al mar el miliciano
alegre y triste ante el futuro,
al misterioso dulce arcano,
al porvenir, fruto maduro.*

*El porvenir es mar que ofrece
sobre su piel los infinitos
derroteros que el agua mece,
los derroteros inauditos.*

*El hombre inventa su sendero,
deja el recuerdo de la estela,
herida o beso que ligero
desaparece tras la vela.*

*Sobre el luciente acantilado
contemplando la lejanía,
devuelto a su primer estado
bajo la hermosa luz del día,*

*con inocencia y con olvido,
con esperanza y con anhelo,
a ningún yugo sometido,
nadador libre para el vuelo,*

*está el hijo de la victoria,
nacido de un alba sangrienta,
desnudo, cubierto de gloria,
al amainarse la tormenta.*

*Se retiran los horizontes
y se dilatan las alturas,
como suspiros son los montes
sobre la paz de las llanuras.*

*El llanto antiguo por la guerra
sobre la flor se hace rocío.
La noche está bajo la tierra,
es un sepulcro negro y frío.*

*Como cortinas funerales
que pendieran de los confines
colgando están los vendavales
sus caudalosas negras crines.*

*Sobre el abismo de la muerte
están los cielos de la vida.
Un hombre nuevo, sano y fuerte,
junto a las águilas anida.*

IV

Entre alaridos se sostiene
su débil rama,
entre escombros de guerra,
apagada como la muerte,
viva en mi corazón endurecido,
como una flor sencilla
entre las piedras del pasado,
está mi voz primera,

la inocente palabra de mis versos,
esperando que se retiren los fantasmas,
se ordenen los quebrados edificios,
se cierren las trincheras...

Hoy la flor del almendro
conoce las abejas de la muerte,
el insecto que anida en los fusiles,
y el agua del remanso que se daba
a la caricia de algún pie desnudo
sufre durante todo el largo día
un desfile de botas militares.

No buscan los tesoros de las minas
los insistentes golpes de los picos,
ni los profundos cráteres abiertos
por los disparos de la artillería
son para repoblar de selva el monte.

El afán asesino se equivoca,
la inútil amenaza desatina
y salvo algún terrible sacrificio
sigue la juventud siempre adelante.

Es la guerra, mi voz acostumbrada
a cantar el amor y el pensamiento,
canta esta vez el odio y la locura.

Fuera de sí mi voz canta el ardiente
delirio de este incendio apasionado,
canta su rojo fuego vengativo.

Canto el odio de un pueblo que renace
desgarrando una entraña de verdugos.

V

Ultima muerte: la paz.
No sé si cantar la vida
o si la muerte llorar.

Marinero, marinero,
eras río, ya eres mar.
No sé a qué tono cantar
para ser más verdadero,
que si al compás de tu muerte
nació la paz, sea más fuerte
mi dicha que mi pesar.

Ultima muerte: la paz.
No sé si cantar tu muerte
o si mi vida llorar.

VI

ELEGIA A NUESTRO POETA

Me olvido de vivir si te recuerdo,
me reconozco polvo de la tierra
y te incorporo a mí como lo hace
la parte más cercana de tu tumba.
Esa tierra insensible que suplanta
el amoroso afán de tus amigos

no me puede impedir que yo la imite
confundiendo mi llanto y tu recuerdo.

*

La muerte perfiló tu permanencia.
Acabada tu vida permanece
con todos sus contornos dibujados:
no hay puerta que te lleve a lo futuro.
En donde te quedaste ha florecido
el árbol de tu nombre, de tu gloria,
en una incalculable primavera.
Esa flor de tu nombre nos repite
tu amoroso recuerdo eternamente.
La muerte es perfección, acabamiento.
Sólo los muertos pueden ser nombrados.
Los que vivimos no tenemos nombre.

*

Mi cuerpo se agiganta endurecido
al recibir el eco de tu fama
que resuena entre abismos colosales
y hecho roca firmísima me añado
al elegíaco coro de los montes.
Precipicio seré que así responda
devolviendo la flecha de tu nombre
al trágico recinto de la muerte.
Los míticos honderos de tu gloria
tiran las piedras de tu nombre al mundo
y el lago de la vida abre sus ojos
con párpados de vidrio interminables.

No hay montaña, no hay cielo, no hay llanura,
que en círculos concéntricos no agrande
las ondas de tu nombre esclarecido.
No es dolor fraternal, no es pena humana,
es parte mi pesar del sentimiento
que hace de las estrellas pensativas
flores sobre la noche que te cubre.

•

Te escribo estas palabras separado
del cotidiano sueño de mi vida,
desde un astro lejano en donde sufro
tu irreparable pérdida llorando.

MANUEL ALTOLAGUIRRE.

EN EL CENTENARIO DE PUSCHKIN

La Unión Soviética acaba de celebrar el centenario de la muerte del poeta romántico Puschkin. Se comprende cómo el país del socialismo, que se llama defensor de los valores culturales de la humanidad, en su ascensión hacia más perfectas formas de vida, honre con esos ecos que nos llegan, a Alejandro Puschkin. Puschkin es el más deslumbrador poeta ruso. Ya en su época, la fama de su obra trascendía de las fronteras nacionales invadiendo el Occidente donde había de causar sensación por su potencialidad originaria y su clásico sabor no desprovisto de un encanto oriental. Pero Puschkin está perfectamente colocado en la Europa de su tiempo; es un humanista por su contenido y por la acabada perfección de la forma. Algunos lo sientan en ese mismo friso donde Homero, Dante, Shakespeare y Goethe respiran la inmortalidad.

Obreros y escritores de la U. R. S. S., también nosotros os recordamos honrándole. Si en la fértil laboriosidad de vuestro territorio, si en el ocio ocupado de vuestras vidas podéis leerle bajo las mismas frondas, junto a los mismos ríos de su devoción, pensad que tampoco nosotros le hemos olvidado en el fragor de nuestros campos de batalla.

LA ALDEA

Solitario rincón. Yo saludo mil veces
al genio del lugar, el trabajo y la calma,
por donde corre el río de mi vida apartada,
dichoso de alejarse del mundano bullicio.
Tuyo soy, ahora que del lujo y los palacios
el esplendor rehuyo y los honores.
¡ Oh campos ondulantes de oro, noche verde en la selva,
brindando el libre ocio favorable a los graves pensamientos !
Tuyo soy, ahora que me hechiza diariamente
el jardín florecido en la espesura,
el rumor de la fuente medio oculta entre ramas
y la muelle pradera que descende con un heno fragante.
Conmover es el cuadro que los ojos cada día contemplan :
allí los dos lagos entre verdes orillas azulean
por los que a veces surca y brilla claro un velero de pesca,
mientras se ve vagar a los pastores por los tiernos ribazos.
Más allá las colinas, los campos de labor,
las rústicas cabañas por el llano esparcidas,
los ligeros molinos, y las granjas donde se apiñan áureos, esos haces
atestiguan la diligencia y el contento. [de trigo,
Oculto aquí y callado, libre ya de pasiones vanidosas
la dicha aprendo a ver de la verdad,
y adorante a su ley me someto, libre entero de trabas,
buscando en la pobreza de implorante mirada,
el contraste al rumor de las gentes obtusas,
y a desdeñar la suerte
del malvado y el loco, que arrastran vana púrpura.
¡ Oh edad antigua, cuyo oráculo escucho tembloroso
aquí en este silencio tan solemne
donde elevada voz me suena y arrebatada

cuán arriba, el alma fatigada
de somnolientas dudas,
y nuevos pensamientos creadores
despierta en el espíritu turbado !
Pero al ánimo invade una pavora :
en medio de este mundo tan hermoso,
penosamente mira el amigo del hombre
al pueblo, mantenido bajo hierros de estúpida barbarie.
Sorda y ciega a las lágrimas y quejas
la casta de señores que el derecho escarnecen,
descarga despiadada sobre nucas humildes
un yugo ignominioso.
Nada queda a los siervos como propio.
Trabajo tiempo y tierra arrebató el tirano
al que jadea en dura servidumbre, uncido a extraño arado
que el látigo conduce.
La muchacha sofoca su tierno corazón,
pues su belleza sabe
dedicada al señor en desenfreno.
El joven, arrancado de la casa paterna,
la ayuda de sus campos,
condenado a aumentar en los palacios
la temblorosa banda de los siervos.
¡ Sólo la carga es leve con la muerte !
¡ Oh !, ¿ por qué mi palabra no podrá sublevar los corazones ?
¿ Por qué este ardor me abrasa en vano el pecho ?
¿ Por qué se me ha negado la elocuencia ?
¿ Veré algún día libre al pueblo hundido ?
¿ Cuándo desatarán esos lazos odiosos
de oscura servidumbre ya abolida ?
¿ Cuándo, por fin, surgirá sobre mi Patria
la hermosa Libertad de una aurora segura ?

ALEJANDRO PUSCHKIN.
(Traducción de B. C. y J. G-A.)

TESTIMONIOS

CALLES DE MADRID

Lo que yo quiero contarte, lector, esto de que aquí he de dar noticia, ha de parecerse forzosamente a un cuento. Un cuento fantástico y extraordinario, ya que es referencia y testimonio de una superación, inédita hasta hoy, llevada a término por la realidad estricta, sobre la más desenfrenada fantasía.

Esta realidad modeladora de disciplinas y obediencias, que deben trascender de nuestro Madrid excelso a todos los ámbitos de la España nuestra, es una realidad de acero, dura como la guerra a que nos llevó la sublevación cerrileclesiásticocapitalistamilitar; por eso nuestro hacer, para tener eficacia, ha de estar empapado de rezumo bélico y su destilación, concretada en disciplina y obediencia plenas al poder legítimo que en la guerra nos guía.

Un empaparse en guerra y darse cuenta de esta guerra enorme, es ir a esa realidad madrileña superadora de fantasías.

Mirad. Parece un cuento. Un cuento que se pinta en la retina entrando por el oído. Porque es ahora en este instante en que caminamos por las calles céntricas de nuestro Madrid, cuando un silbar lejano nos sorprende; una avispa musical de velocidad rara se acerca, pero la imagen cae despanzurrada por el mismo sonido que la motivó, que crece y se abre ya en embudo glotón de tuétanos, avasallador, como esa imagen que en la pantalla se agranda y se nos viene encima: un estampido redondo; un agujero en la fachada; humo; nada más. Otro zumbar grave, en andante maestoso (pobre niño, se le ha caído la botelluca del aceite y mira lloroso la mancha que se extiende por el suelo. Toca el roto vidrio; moja el dedito en el charquillo de su aceite; busca un imposible en los ojos de los transeúntes; nada más). Un grueso estampido, en árbol, como arrancado de la tierra, y con formidable calderón. Ojos atónitos; llamas y humareda. Y más: Los cielos se rayan de motores y se agujerean de ametralladoras. Un avión resbala y, como pájaro toca-

do, vuela rápido perdiendo altura, tratando de ganar las afueras llanas. Y los ojos y los pechos se abren en ansias libertadoras.

Pero esto es en el corazón de la ciudad, donde unas cigüeñas invisibles, tableteando el pico, dejan nubecillas en el azul y riegan las calles de metralla.

¡ Pero esto es las calles céntricas de la ciudad !, y hay otras.

¡ Otras calles del alma !, del alma nuestra, y de la de ese excelso ciudadano de la República que murió en ellas, rompeolas de la barbarie, para que nosotros podamos seguir viviendo. (Que no nos avergoncemos de seguir viviendo. ¡ Por tu memoria, ciudadano de la República !, que mi deber no me lo cumpla nadie).

Abrid los ojos y venid a estas calles, hombres libres de España y del mundo.

No temáis los medrosos, porque no hay nadie en ellas, ¡ nadie !, oídllo bien—¡ qué rabia y qué dolor !—, nadie.

El pie en la soledad. Pero a conciencia de que se huella sobre la soledad y de que uno está—ahora—solo, centinela o vigía, o colector de sensaciones que pregonar—¡ oh pobre oficio !—al orbe entero, para que sirvan de testimonio y loor por los hermanos combatientes.

El permiso de guerra que va en el bolsillo y sirvió para llegar hasta estos ámbitos crece desmesuradamente como señal de amparo, tabla que sueña el náufrago en la tamaña soledad. Hay miedo. No a los tiros del frente próximo y que nos enfilan difícilmente en las calles transversales, sino miedo al Miedo, a la idea de miedo, a ese embarullarse consigo mismo, a esa indecencia. Por esto la señal de amparo que absurdamente comenzó a motivar el permiso de guerra, como lo hubiera motivado cualquier cosa, pues estos fenómenos miedosos y puramente subjetivos toman asidero en el saliente más a mano, se desdibuja y borra, al fin, dominado por un concepto del deber que viene, erguido el pecho, por esta soledad calle adelante. Y este sí que es un magnífico amparo, aun en relación con el posible salto al más allá. ¡ Esto sí ! Y uno se dice mentalmente, con el gran cordobés: «Oh bienaventurado refugio a cualquier hora».

Porque no hay nadie, ¡ nadie !

(Por aquí pasaron los aviones negros).

Y yo os juro, amigos, que no vale, para dar idea de estas calles, el más exacto documento fotográfico, ya que la placa registra lo que hay, pero no la nada y el vacío.

¡ Esta nada emergiendo de raros escombrales !

Porque no importa la superación subrealista comprobada al ver que la

vaca voló por los tejados, descansando su cabeza en ese balcón, donde sus ojos dulces recogen el paisaje solitario. No importa esa cama inclinada sobre un abismo de tabiques deshechos, y que guarda aun la huella de los cuerpos. Ni la ropa huera colgada de una percha a treinta metros del solar. Ni la muñeca, que se quedó, por los pelos, en la viga retorcida. Ni este mal retrato, incólume, de un señor con uniforme, barba y condecoraciones—jugarreta máxima, no tocar esa barba, embozo despistante, ni la chatarra que colorea en el pecho, y en cambio desnudarle del vestido de tabiques que cubría sus vergüenzas—. Y tantas cosas más que no importan.

Porque lo importante es la Soledad abandonada de la calle, donde los pasos parecen traducirse al infinito. Lo sobrecogedor es este silencio yacente por el que se camina; la estela cristalizada del estupor tremendo y desamparo enormísimo de aquel momento en que la muerte entró raziando hogares.

Y en el fondo de esa nada se esculpen multitud de gestos nunca vistos, verdaderos repentines de actitudes coaguladas en el instante vital en que las cogió el Espanto.

Porque aquí se ve la huella de la sandalia trágica del Espanto.

(Imaginad que un trozo de mundo es asesinado, repentinamente, mientras discurre su vivir: el ojo quedará atónito como un blanco; el beso, como un esputo que se heló en los labios, y el ¡ay! como una cinta de cuarzo entre la roca.)

Pero cuando el silencio es perforado por los disparos de cercano frente; cuando se escucha que el aire entra y sale por ventanas y balcones de casas, como por los huecos vacíos de una calavera; cuando el portazo suena y sobrecoge al dar cuenta en su golpe del supremo abandono de tanto y tanto hogar, se alza en medio, como monolito indestructible, el espíritu claro de los defensores de nuestro Madrid.

Entre las ruinas ejemplares, ¡salud a ellos!

ANTONIO PORRAS

MÁLAGA, CIUDAD SACRIFICADA

Nuestro compañero A. Sánchez Vázquez, Director de la revista *Octubre*, de Málaga, y testigo presencial del doloroso éxodo de la población civil, nos ha remitido este vivo testimonio.

Aun nos duelen los oídos y los ojos. Pero quisiera abrir las venas oscurecidas del recuerdo en este cuerpo de pesadilla que se ha desplomado sobre nosotros.

Durante cuatro días hemos estado perseguidos por el tormento de la interrogación continua, de la esperanza entumecida a cada momento.

La noche del día 6 la tragedia era un lienzo próximo para todos los ojos. El aire caliente, las esquinas desiertas, las luces congeladas, la delataban por todas partes.

Y, sin embargo, creíamos en el silencio. En aquel silencio hondo de las calles y de los corazones; en aquel silencio parecía tocarse con las manos.

El sábado 6 de febrero el frente se había roto. El enemigo avanzó, desplegando sus mejores elementos. Al anochecer tomaba las alturas que dominaban Málaga.

La noticia abrió un reguero de fuego en los corazones. Se encendieron las miradas. Se agolpaban los puños, impacientes, a las puertas de los Sindicatos. Los primeros obuses en las calles de Málaga levantaron inesperadamente un muro de angustia. Los tanques sembraban ya la muerte muy cerca.

Habíamos reducido el valor de nuestra vida al *mínimum*. Sabíamos que la muerte estaba esperándonos a varios kilómetros. El dolor ya comenzaba a enroscarse en nuestros pulsos.

Pero las mujeres que transitaban con los ojos desvelados de esperar en vano a sus maridos o a sus hijos, los niños que lloraban con los oídos enfermos y los ojos aterrados, nos sobrecogían de espanto.

Era preciso oponer un muro de sangre, de carne viva a aquella techumbre que se desplomaba. Un muro así no podía darnos la victoria, pero podía salvar miles de vidas. Miles de voluntarios marcharon al

frente. Sabían, al marchar, que la tierra que pisaban a su paso no la pisarían más. Y allí quedaron tendidos en las carreteras, aplastados por los tanques, ametrallados por los aviones, convertidos para siempre en simiente de abnegación y sacrificio. La flor del Partido Comunista, lo mejor de sus cuadros, se sacrificó. Sólo así se pudo salvar las vidas de miles y miles de hombres, mujeres y niños que marchaban carretera adelante buscando nuevos climas donde el dolor no les golpease tan implacablemente.

Amanecer del domingo. A las ocho de la mañana los tanques estaban a muy pocos kilómetros de Málaga.

Entonces, las Juventudes Socialistas Unificadas quisieron detener las máquinas que sembraban la muerte. Era preciso encender de nuevo los ojos desvelados por tanto crimen.

Todo el que salió aquella mañana, salía ya con un corazón de héroe. Y hoy recordamos todos a un camarada, casi un niño, que con su muerte levantó un terrible muro de gloria y sacrificio.

Salió con uno de los primeros grupos antitanquistas. Cuando se le acabó su dotación de bombas, arrastrándose avanzó entre los compañeros ametrallados, arrancando sus bombas a los cadáveres.

Y así siguió arrojándolas, hasta que quedó tendido para siempre con la sonrisa helada. Varios tanques fueron el precio de su muerte.

La situación se agravaba por momentos. El cerco se apretaba por tierra. Nos oprimía cada vez más próximo. Y por el mar, los barcos paseaban, esperando lanzar sus disparos. Y por el aire los aviones amenazaban desde el cielo del crimen.

Al anochecer, hundidos en un silencio impresionante, comenzó el éxodo. Se abandonaba Málaga con el pulso encogido. Las calles tenían la sensación de soledad de la noche pesada. Era aquella soledad la que mordía nuestros nervios. Porque hubiéramos preferido los gritos, los pasos alocados, la algarabía confusa, a aquel dolor subterráneo que nos devoraba por dentro. Ya las ametralladoras sonaban cada vez más cerca. Y los hombres, las mujeres y los niños tomaban el camino de El Palo, carretera adelante, librándose de las horribles ligaduras que encadenaban sus sueños.

Al anochecer la triste caravana se puso en marcha. Y ya no se detuvo.

Durante toda la noche del domingo 7 y madrugada del lunes, miles y miles de personas pasaron Torre del Mar. Se entraba en un nuevo clima. Ya el aire no pesaba con tanto plomo.

El grueso de la caravana pudo continuar.

Y desde entonces Torre del Mar fué un nombre que golpeaba todos los oídos como un llamamiento desesperado. Ya sólo había una preocupación: avanzar, avanzar... Acelerar la marcha era acercarse a la vida. El éxodo adquiere ahora la categoría de un martirio continuo. Hay pies que se niegan a marchar, y, sin embargo, marchan. Hay ojos que quieren cerrarse, y, sin embargo, se abren dolorosamente, con la mirada fija.

Y flotando, sin respuesta, siempre la misma pregunta: ¿Dónde está el fin? ¿Dónde termina la angustia?

Y así un minuto, y otro, y otro...

La caravana marcha pesadamente. De pronto se ve sacudida, como mordida por un calambre.

Gimen los niños. Las madres llaman a sus hijos. ¿Por qué tanto crimen? La respuesta está allí. En los estampidos secos de esos barcos que disparan desde 200 metros, partiendo la masa humana en pedazos que sangran.

La multitud grita, chilla, se desparrama, se tumba, se esconde en los huecos del camino, detrás de la sierra. Pero los cañonazos los persiguen por todas partes.

Cuando el fuego cesa se prosigue la marcha. Pero hay algo que se queda sobre la tierra para siempre: los brazos arrancados, los cuerpos partidos, la sangre vertida a torrentes por mujeres y niños indefensos.

Torre del Mar quedó allá lejos. Motril no llega. Y ya hay muchos pies abiertos que no pueden seguir. Y muchos cuerpos derrumbados por el hambre y por el frío. Hay niños que tiemblan, que piden pan, que lloran. El hambre, otro aliado de la muerte, va clavando sus garras.

El descanso no se conoce. Quien se detiene está firmando quizás su sentencia de muerte.

Y sin embargo hay que detenerse. La muerte ronda por el aire..

El cielo del crimen brilla, sirviendo de fondo a los trimotores que riegan el dolor por la carretera.

Las ametralladoras suenan sin descanso.

Crece la ola del sacrificio. La marcha prosigue sobre nuevos cadáveres. Detrás de la caravana vienen los tanques, sembrando de nuevo el calor de la tragedia.

La voluntad se endurece ahora. Se hace roca viva. Se anda como autómatas hasta caer hundidos, sin sangre. Con los pies llagados, con

los pulmones secos, con los costados abiertos, con hambre, van los cuerpos como tallos débiles.

Se anda. Ahora se oye un ruido de ametralladoras que se acerca, un rodar de monstruos que apagan los oídos. Son los tanques que avanzan por la carretera. Que se acercan ya. Que nos pisan.

Hay muchas voces que ya no pertenecen al reino de la cordura. Se desploman las columnas más firmes.

Pero la tragedia crece en esos padres que ven a sus hijos clamando, gritando, mientras suena el tableteo de las ametralladoras. Y así hasta Motril.

Después la odisea continúa. Los que llegaron hasta Almería con los pies abiertos, el corazón hundido, con la familia deshecha, han levantado para siempre la acusación más firme contra la barbarie del fascismo.

ADOLFO S. VAZQUEZ

UN PUEBLO ANDALUZ

LLEGADA

En agosto del pasado año llegábamos a un pueblo de la provincia de Córdoba, blanco y cálido, ardido de rojas banderas. Me sorprendí preguntando a las calles ensombrecidas y a las tapias silenciosas por esa furia o huracán que había pasado dejando en todo una huella de horror aun latente. Quise descifrar el imposible de esa nube que presentí durante el largo trayecto que recorrimos como envolviendo los campos. Algo había allí, algo enorme que no podíamos bien apresar ni considerar siquiera. Me sorprendía encontrarme en aquel lugar. Miraba en torno mío como para descubrir ese soplo que, viniendo de fuera, me trajese el sabor de una verdad cierta y desnuda y el alma de esa realidad que ahora sólo llegaba a mis oídos en forma de relato que abrasaba.

Las hordas moras habían llegado hasta las puertas del pueblo, y

Montoro había vivido horas de hondo dramatismo. Yo miraba el blanco pensativo de las casas y los olivos tristísimos.

Llegar a cualquier lugar desconocido es siempre una sorpresa, más si de este lugar sabíamos el nombre, porque entonces surge el choque entre la realidad y lo imaginado, entre el presente y el sueño antiguo que se aferra a la memoria. Contemplar algo nunca visto, por más interesante que sea, nos produce sólo un asombro superficial que parece como sobreponerse a otro asombro más hondo que se oculta. Algo parece danzar ante los ojos. Lo que no hemos visto, diríamos que no podemos ya verlo nunca, pero esa inquietud que es entonces el mirar, esa lucha con el objeto que está ante nuestros ojos, es la verdadera visión, la única que deja tras de sí una inacabable estela de poesía.

El choque con la realidad produce siempre un desencanto, pero los más avisados saben luego extraer de esa tristeza una nueva maravilla. Al calor de la realidad viva se levantan las más firmes voces. Además, nuestro entusiasmo a veces se siente débil o queda mudo ante lo demasiado grande, ante lo fantástico o lo que es pura ilusión, y por esto es camino más cierto partir de abajo, de la tierra, de lo real, pequeño o pobre, para luego llegar a las más altas esferas de encantamiento. El espíritu para ello no necesita ir muy lejos, sino crecer entonado.

En Montoro fijaba mi atención sobre los más insignificantes detalles, como si ello hubiera de ser clave de esa respuesta que yo buscaba en calles y plazas. Todo aquello era para mí angustioso y difícil. Descifrar ese enigma que nos presentan las cosas o situaciones imprevistas, es siempre un dolor. Lo que antes no sabíamos ahora, apenas entrevisto, debe archivar en la memoria e ir al reposo del olvido, pero hay un instante en que los ojos, excepcionalmente, recorren aquello que no saben y es entonces cuando el espíritu vuela alrededor de la cosa, muy cerca de la verdadera belleza que presiente. Luego los ojos descansan ya ante lo conocido y miran con indolencia el mundo cerrado en su capullo, mientras el alma añora su instante de luz y vierte sobre las cosas, ya muertas, inútiles palabras de melancolía.

Yo en Montoro creí ver, creí deslumbrarme casi algún momento. Ahora que las circunstancias no nos permiten tener ese recato y esa serenidad apasionada propia del puro contemplador, es, sin embargo, cuando más vemos, y cuando los paisajes, como los rostros, ofrecen sus perspectivas más lejanas. Es ahora, en este preciso instante de desequilibrio, cuando la intuición más se afila y la visión del mundo resulta más rica

y prodigiosa. Y aparecen ante nosotros figuras, caracteres altos y clarificados, personajes reales que, con su existencia, son como una legítima promesa.

La primera noche que pasamos en Montoro dormimos en una escuela habilitada para cuartel. De las paredes aun colgaban pizarras y mapas mustios. A través de la reja de una ventana abierta contemplábamos el cielo estrellado. Se veía cerca una terraza, en la que varios hombres, refugiados de un pueblo invadido por los fascistas, se tendían en el suelo. La bombilla encendida de la sala era el punto donde se encontraban y perdían los difusos pensamientos de aquellos que, abstraídos en sus mudas divagaciones, no dormían ni charlaban. Sentía yo el silencio como vibrando en torno nuestro. El corazón del mundo estaba en pie. Era enorme, enorme, imposible de decir todo lo que en España sucedía. Estábamos como lanzados, cerca del milagro igual que de la muerte. Recordaba las caras que había visto por la tarde y una taberna lúgubre llena de gritos y carteles. Y las gentes confiadas, como olvidadas, sabiendo, sin embargo, que algo horrible amenazaba devorarlas por dentro. Contemplábamos la vida, pero ésta se había puesto en movimiento y no podíamos seguirla. Yo quería ver lo que tenía cerca. Mas esa gracia andaluza me perturbaba. Quería separar allí lo pintoresco de lo esencial.

De pronto vi que desde el otro lado de la reja, desde la terraza, un campesino nos observaba con atención. Nos saludamos con simpatía, como predispuestos ya a una camaradería auténtica. Comenzamos a charlar. El venía de La Campana, un pueblo donde los fascistas habían ya hecho más de trescientos fusilamientos. ¿Era nuestra propia avidez de humanidad lo que facilitó ese encuentro? Sea como fuese, aquel campesino sevillano podía cambiar con nosotros los más altos pensamientos con sólo su mirada, o con una sonrisa. Podíamos juntos encontrarnos en planos muy distantes.

Llegados allí por caminos bien diversos, nos sentíamos hermanados. La firme voluntad de cortesía y un mutuo hondo respeto lo hacían todo. Había bastado una intención generosa al dirigirnos al amigo, un instante de desprendimiento, casi heroísmo gozoso, para que entre nosotros quedase siempre vivo, como en estatua invisible, un pensamiento alto que no acababan de decir nuestros labios. Al encontrarnos hablamos de cualquier cosa. Entre nosotros, por encima de nosotros, quedaba esa sensación de mutuo saberse, que es un profundo consuelo y es flor de la camaradería; el sentimiento mejor que nace entre aquellos que mar-

chan y sufren por el mismo camino. Pero este sentimiento se eleva y dignifica aún más si los que marchan juntos, los que combaten uno al lado del otro, saben bien que lo hacen por una causa noble y justa, popular, por una causa de todos.

MADRE ESPAÑOLA

Era delgada, amorosa y sencilla y se embobaba jugando a solas con su hijo. Venía de Baena; allí había dejado a los suyos. Todo era luto a su alrededor, pero ella estaba más allá de la tristeza. Su mirada no era curiosa ni indiferente, rebosaba sólo amor, un hondo amor digno, sin palabras. La amábamos porque era independiente. No decía lo suyo, no se apoyaba en el dolor para hacer farsa. Callaba si no le preguntaban; no gesticulaba sino, cuando al hablar, se absorbía en su candor como una niña. No vivía hacia fuera, no vivía para la mentira. Era madre verdadera.

Nada, a no ser una grande y generosa simpatía, nos unía a ella. Hablamos muy poco. Pero, lentamente, fuimos presintiendo que su indecible ternura, sola y verdadera, envolvía todo cuanto veíamos. Era la madre, la madre de todos, la madre delicada y fuerte, la fuerza de donde todo partía y adonde todo iba a parar. Era la madre española, madre con honda capacidad de amor y sufrimiento. Era como el símbolo del espíritu mejor, el espíritu alto y abnegado de una raza, espíritu de los héroes, el espíritu vivo, encendido, ese fuego que se apoya en el amplio regazo materno de la savia popular.

Cuando volvíamos del campo, si en nuestra memoria quedaba rígida aún alguna visión horrenda, era la madre, ella, aquella madre humilde y pobre, delicada, la que con su voz y con su dulce gesto, con su simple existencia, parecía poner sobre la dureza de la muerte, o sobre el abismo, la flor sutilísima de esa esperanza que siempre la vida nos ofrece.

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO

COMENTARIO POLITICO

LA NO INTERVENCION

La hora de España es en Londres donde esta vez ha sonado con repercusiones muy amplias. El llamado Comité de No Intervención ha logrado llegar a un acuerdo, al menos en el papel, sobre la cuestión española, adoptando medidas—cuya eficacia descubrirá pronto el tiempo—para el aislamiento de nuestra guerra civil. Ningún nuevo envío de armas, municiones y *voluntarios* a ninguno de los dos bandos beligerantes.

Si lo ocurrido en estos últimos tiempos permitiera todavía reacciones adecuadas en hombres dotados de alguna sensibilidad jurídica, los acuerdos adoptados por el Comité de No Intervención habrían provocado clamores internacionales de asombro y desconcierto. Por vez primera en la historia del mundo moderno, y tratándose de un país como España, se sitúa en un plano de igualdad a un Gobierno legítimo, representación auténtica de la voluntad popular expresada a través de órganos estrictamente constitucionales, y a unos generales facciosos.

Habría de representar la política de los hombres del Frente Popular una desviación grave en nuestra propia trayectoria histórica, y nadie tendría derecho a interponerse violentamente en nuestro camino. Un pueblo como el español, con solera de tan viejas culturas y civilizaciones, tiene perfectamente ganada su mayoría de edad política para poder disponer libremente de sus propios destinos.

Pero además, lejos de ser así, es la política que encarnan los hombres de la legalidad republicana, la que representa, en todos los órdenes, un sentido de continuidad histórica en la personalidad tradicional de las nacionalidades españolas; y son ellos, los sublevados, los pretendidos nacionales, los que quieren imponer una desviación en los destinos de España, entregando nuestro país en vasallaje, para conseguir un apoyo eficaz en defensa de sus privilegios.

No importa, sin embargo, que estos principios, de una justicia tan elemental, sean desconocidos por los hombres de gobierno de las grandes

democracias europeas. En definitiva, lo único que a Europa puede preocupar, mirando las cosas sólo con ese feroz egoísmo que impone la defensa de los intereses estrictamente nacionales, es que el aislamiento se produzca, que no persista el riesgo de que nuestra guerra se propague.

Nosotros, por nuestra parte, sabíamos ya bien lo que podíamos esperar. Somos un pueblo demasiado viejo para incurrir en la candidez de confiar en otros apoyos internacionales que los que pudiéramos proporcionarnos con nuestros propios recursos económicos o los que pudieran resultar de solidaridades idealistas con nuestra causa, que en ningún caso habían de bastar, a pesar de su alto valor espiritual, para condicionar o imponer actitudes de Gobierno.

La guerra, nuestra guerra, la hemos de ganar nosotros. Contra ellos, contra los sublevados y contra los *voluntarios* que han acudido en su apoyo y sin cuyo concurso reiterado ya hubiéramos vencido hace mucho tiempo.

La hemos de ganar nosotros—y la ganaremos—con la fuerza incontrarrestable que resulta de nuestra decidida voluntad de vencer. Voluntad de vencer inquebrantable, forjada al yunque de todos los dolores, de todos los sacrificios.

Un pueblo como el pueblo español no tiene derecho al suicidio histórico. Ha de persistir con todo lo que representa nacionalmente en todos los órdenes de la cultura; y para persistir, ha de vencer.

Ganaremos la guerra, nuestra guerra, cueste lo que cueste y pase lo que pase. Pero, entre tanto, Europa, que no confía demasiado en su política de no intervención—política de no intervención, con regimientos italianos en Mallorca y en Málaga y batallones de alemanes mandados por el embajador de Hitler en Burgos, en todos nuestros frentes de combate.

Recordemos las palabras de nuestro Presidente: Nosotros tenemos el deber de evitar el peligro que nuestra guerra representa, luchando sin desmayo en el heroísmo, hasta conseguir la victoria. Pero el riesgo de que con motivo de nuestra guerra la conflagración europea se produzca, es a otros a quienes incumbe evitarlo.

JOSE M.^a OTS.

NOTAS

LA PRIMERA PALABRA SOBRE LA VIDA

EN EL PRIMER CENTENARIO DE LARRA (1837-1937)

Larra, nuestro romántico culminante, fué el único que se atrevió a sellar su vida con el garbo del romanticismo, porque fué el único que alcanzó la síntesis romántica, esto es, el abrazo de la antítesis.

Larra sintió, palpó con todos los sentidos del alma el gran secreto de su patria, el orden del desorden. Lo contempló en su matemática, en su fatal exactitud, y sólo logró, a lo largo de toda su obra, trazar algunas líneas delatorias. Se dejó fulminar por la verdad intuída, su breve juventud gritó una y otra vez el alerta ante el continente descubierto y, como el que cae en oración al pisar la costa anhelada, se prosternó en su certeza mortal al considerar remontada toda vital incertidumbre.

No es esto usar de la paradoja sistemáticamente: la paradoja no admite sistema. La paradoja es un imprevisible secreto que se adivina a veces en las apariencias de las cosas como una graciosa preñez, como un contrabando que burla la vigilancia de la lógica, como una carga fecunda de dos polos que se buscan, que latén en su momento más potente; ese en que todo amor mide su potencia con lo imposible. El romanticismo es una conclusión paradógica de la historia, una conclusión que será ya por siempre nuestro perenne principio, un amor imposible.

Larra encontró a su heroína, la mujer que quiso representar ante él a la humanidad, o mejor a su humanidad, a España; esto es, alguien que no podía ni quería ser amado. Y mientras dudó y esperó vivió la crítica—porque su crítica no es más que persecución inquisitiva del amor—; pero al alcanzar el punto de equilibrio en que las fuerzas idénticas se amenazan con su quietud, berrando toda esperanza de vencimiento, de entrega, la palabra cesó y sonó el pistoletazo.

Los domingos de Larra, sus paseos entre la multitud madrileña, sus fondas y cafés y casas de prestamistas, ¿qué son más que una trabazón fortísima de inercias, una compensación negadora? Cuando Larra busca al público entre las gentes y a través de ellas—lo busca con los ojos, busca lo que a él pudiera parecerle público, y lo busca en la conciencia de los demás, lo que a los otros les parece—, ¿qué encuentra? Algo que contiene todo lo que de él se imagina, al mismo tiempo que carece de todo lo que de él se espera: justicia para el que

pide amor, censura para el que pide piedad, piedad para el que pide aplauso. Todo está allí, nada falta; todo en medida tan justa, en mezcla blanquecina anuladora, en vertiginosa quietud, en rugiente concentración, ponderado con tan inexorable equidad! ¿Qué falta? La voluntad de amor que lleve de unos a otros el polen, que confunda y revuelva la mezcla germinadora. Ante los ojos de Larra la vida es como un cuerpo que amenaza desintegrarse, algo que, en su quietud, engendra un tácito crecimiento de distancias, pero distancias también medidas; en su alejamiento no tiende a infinitudes, sino al enfrentamiento retador. Así, en el definitivo artículo «Un día de difuntos», Larra escribe la cifra exacta de la catástrofe en aquel epitafio: «Aquí yace media España; murió de la otra media». Pero la vena irónica que parece apuntar en esta frase se hace al poco tiempo sangrienta, o más que sangrienta, sombría, melancólicamente enlutada bajo el crespón del propio pensamiento, cuando al mirar en su corazón lee: «Aquí yace la esperanza».

La obra de Larra, ¡fué tan breve! Una manifestación plena, enteramente realizada de su genio, sólo quedó en sus artículos, y, sin embargo, su nombre es fundamental. En él empieza la nueva era, la era crítica, tan dolorosa, que por esto, él que escribió la primera página con su sangre, tiene por propio derecho el título de precursor. El, que no se conformó con mantener una esencia, con llevar dentro de sí un secreto; él, que quería un cuerpo, algo que se pudiera tener entre los brazos, tenía una idea de España; pero quería una España, una España viva a quien haber podido llevar por la selva de la nueva naturaleza un algo o un alguien con quien convivir. Por esto su crítica fué implacable con las formas de la vida, porque no ofrecieron a su mano un campo de placer o de acción.

Larra fué precursor de todo lo que llenó nuestro próximo pasado y de lo que, aun habiendo llegado a su madurez, no es todavía más que un futuro incalculablemente poderoso.

Nuestro inmediato pasado: una escuela de vida exquisitamente delineada por Francisco Giner de los Ríos, y pronto perdida en dogmatismo banal. Nuestro glorioso futuro: una escuela de filosofía; la filosofía de Ortega, que aun permanece para España envuelta en las brumas de todas las pasiones, y que a nosotros toca delatar, mantener, en contra de la más airada controversia.

Y esto es lo que se puede decir de Larra. Inútil querer comprender su gesto desde otra perspectiva. ¿Qué podría decirnos la muerte de Larra, si no es una filosofía de la vida, una filosofía en la que la vida aparezca como objeto tan precioso como sólo se concibe amándola después de haberla perdido? Larra tuvo el valor de perderla; Ortega, el de llevarla en la palma de su conciencia, contando el latir de sus momentos, escribiendo la matemática de su sangre.

Ahora que llega la hora de poner en claro nuestro deber, llega la de estudiar este parangón que tan a la ligera señalo, y tras él, en la misma ruta, quedará esclarecida la significación de algunos nombres geniales: Picasso, Ramón

Gómez de la Serna, que hasta ahora padecen en frívolas interpretaciones. Pero es tarea muy extensa, y por el momento sólo toca recordar que es el centenario de la muerte de Larra y gritarle, porque sus huesos cayeron demasiado jóvenes para no conservar por siempre una irreductible atención: ¡la vida que tanto deseaste va a rendírsenos!

ROSA CHACEL

JUAN DE MAIRENA

(ANTONIO MACHADO.—ESPASA CALPE)

No es un libro amargo, pero sí, tal vez, un libro con sabor de muerte. Después de leído se admira más la serenidad de Mairena y su clara constancia frente a sombra tan pura. En esa doble cercanía, entre vida y muerte—frontera de todo instante—vive Juan de Mairena, y aun toma a veces aires modestísimos, como de aduanero que no se jacta de su oficio (que no es su oficio, naturalmente), para decir: esto no pasa.

¡Esto no!—dice a veces con brío inesperado, pero sospechado. Y entonces se descubre lo que entre burla y veras ya se entreveía: que allí está un caballero de infranqueable fortaleza.

¡Esto quizá sí! No dice sí todavía, sino quizá sí, con ese titubeo propio del amor. O de la fe, ¡quién sabe! A esto llama Mairena escepticismo (cuando se dice escéptico), no al negro escepticismo de quien se frota las manos cuando ya cree, por fin, que nada hay que le autorice ni le desautorice a bien lamerse. Pedantería suelta, llamaría un discípulo de Mairena a semejante escepticismo. El de Mairena es la mejor disciplina—si alguna puede remediarles—para dogmáticos incrédulos, los cuales, naturalmente, no saben su propio descreimiento, como el otro dogmático no sabe su creencia.

Todas las herejías de Mairena—que, todas juntas, son como la plena madurez de la herejía—vienen de su cristiandad. (No sería lícito decir cristianismo, pues siendo Mairena escéptico, no hay ningún *ismo* que le venga bien—ni siquiera el *ismo* de escepticismo). ¿En qué consiste—o mejor: cómo existe—la herética cristiandad de Mairena? Todo lo que se opone a la fraternidad fué negado por Cristo. Mairena ha seguido negando hasta quedarse solo. Es el colmo. Un jesuita le llamaría soberbio. El, a su vez, no se jacta de humildad. Y aun se pondría archipedante—como el demonio en una cátedra—para espantar al jesuita. Pero ved qué gravemente amigo es de sus discípulos—de aquel Martínez prodigioso, y del impávido y Taciturno Oyente, y de todos, a quienes está viendo como si no los viese, que es la más fraternal manera de mirar.

Y por no darse a ver demasiado—para no ser previsto y no romper con esa

impía previsión el dulce y fuerte misterio de la fraternidad—, se refugia en su maestro Abel Martín, y a él atribuye las evidencias, las atrevidas evidencias. (Lo evidente, diría otro discípulo, debe estar siempre recatado en arcaísmo absoluto, como las invenciones de los dioses. Lo que decía mi maestro Abel Martín—observaría Mairena—no era tan evidente como todo eso. Sin embargo...)

A pesar de todo, querido maestro, has dicho a tus discípulos cosas tan decisivas, aunque no las acompañe el gesto de la decisión, que son como quemar las naves; y otras que está ya el mundo evidenciando—o confirmando pavorosamente. El pragmatismo, el rebañismo, la vaciedad, la imponente mentira y la rabieta llegan a límites inconcebibles, pero no se detendrán. Antes han de equivocarse hasta el fin. ¡Y quién te lo diría! ¡En nuestra España—o en una España que no es nuestra ni de nadie, porque es sólo ficción de un juego sin destino—han puesto el hueso en torno al cual gruñen, o se sonríen con colmillos pragmáticos, las «grandes potencias». ¡Qué horrorosa farsa, hermano Juan! ¡Y no tienen ya tiempo de escucharte!

R. D.

NOTAS SOBRE UN POEMA DE KARL LIEBKNECHT

Con motivo del aniversario de su muerte, la revista *Camarade* publica un noble poema de Karl Liebknecht.

Corría la primavera de 1917. Prisionero en la cárcel de Luckau, el hombre pensaba su sentimiento revolucionario. Al meditar su sentimiento, la meditación se ordenaba en poema.

El problema de la poesía anduvo casi siempre mal planteado por esos caminos del hombre y su vuelo. Los académicos fueron tejedores del enredo. A la vuelta de tanto viaje resulta que todo el mundo se halla en el punto de partida, hacia el mismo punto de partida. En fin, que la poesía anda suelta, desprendida sobre la tierra y su habitante, envolviéndolo con su manto de estrellas y de estiércol.

La poesía es de todos, a todos mece y de, y a todos, se nutre y nutre.

Porque la poesía es vida espiritual, y la vida espiritual, física, profunda o no es nada.

Y la revolución, si no persigue, en último caso, la fiesta de amor universal, sería algo tan triste como lo incompleto. Y la revolución libera al hombre para una misión, que no es otra que la poética, como la entienden el árbol, los astros, el agua, el niño, un campesino dialogando con su campo, un obrero en trance de embeleso con su máquina. Y luego, desde su puesto privilegiado, privilegio que es mandato de la naturaleza sabia, el poeta artista, ordenando en síntesis toda la riqueza común.

Lo otro, que anda por ahí «haciendo de las suyas», no es poesía ni arte. Es lo de los académicos; fraude a los intereses del hombre, por cuya liberación Karl Liebknecht sufría prisión en la cárcel de Luckau, al correr los días primaverales de 1917.

Karl esperaba su hora, y la espera fuego de su sangre. Hombre de acción, el espacio limitado de su celda robaba norte a su designio. Y es cuando halló los símbolos, y su mensaje se hizo simbólico.

*«Viento de tempestad, camarada,
me llamas
y yo no puedo ir,
encadenado.
También yo soy la tempestad,
tu hermano.»*

Era la tempestad. Los grandes espíritus siempre son genios de la tempestad que impulsa la historia. Así, pues, la imagen es verdadera y, por ende, poética.

Luego el poema de Liebknecht canta la esperanza. Sabe que esperar es un camino, cuando se espera apasionadamente; piensa que el camino anda, y cuando descubre esta otra gran verdad, afirma su fe revolucionaria. Por este simple descubrimiento de que el camino anda, descubrimiento que define a la poesía, en contra del criterio académico, para quien el camino está quieto.

*«Un día ha de llegar
en que romper mis cadenas pueda.
Aliento mío invadirá amplios horizontes,
y a través de las lindes,
se hará furia en los caminos de la tierra,
sobre los hombres,
hasta aposentarse en el corazón y en el cerebro del hombre.*

*Viento de tempestad, hermano mío.
¡Cómo amo tu canción,
sérpico silbido en los pasillos,
impetuoso mar al romperse en el muro
y en estrellas de piedra convertirse!
Canción furiosa, entonces,
las barras en mis ojos, los grillos en mis manos,
aprietas con designios destructores.*

*Tu aliento frío
burla precintos de cristal
y en mi piel se humaniza.*

*Mi sangre hierve.
¡Con qué alegría escucho tu palabra,
símbolo de fuerza omnipotente!*

¡Cómo querría conocerte
y mejor oírte
y hacer la prueba de si tú eres el mensajero
de otra fuerza, la fuerza proletaria!
Tempestad que meces la noche,
¡nunca me liberas!
Anhelante espero
la fuerza proletaria,
¿cuándo me la anuncias?
Combate de libertad y amor,
tumulto de batalla para mí.»

La profecía de Liebknecht siempre es nueva, porque diariamente se re-crea como el sol. «Combate de libertad y amor, tumulto de batalla para mí».

Una fuerza cósmica, que es fuerza poética, determina al hombre para los grandes hechos. El hombre puede escribir «Don Quijote de la Mancha» (aquí el poeta Cervantes), «El Capital» (aquí el poeta Marx), o una página roja y creadora de la Historia (el movimiento espartaquista, acaudillado por aquella pareja poética: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht).

MARIANO G. FERNANDEZ.

CONTESTACION A JOSE RENAU

Aunque me resulta un poco artificioso ahora, después de haber hablado largamente contigo, contestarte aquí, pienso que es necesario si nos atrevemos a suponer que ya tenemos un público en espera de desenlace.

Empezaré diciendo que tu carta me parece tan lejos de ser contestación a la publicada por mí en el primer número de esta revista, que quizá mi contestación más verdadera fuese publicar de nuevo la que publiqué. Sí, porque no le encuentro a tu carta relación profunda con la mía. Creo que estamos hablando de cosas diferentes. Pero seguiremos, porque este fenómeno parece ser que es fatal en cuanto dos personas pretenden discutir.

Creo que todo el mal consiste en que tú no contestas a lo que yo claramente decía, sino a lo que pensabas que no decía, que no llegaba a decir, o sea, pensaste que mi carta era un disimulado ataque a quien hace carteles, y nada tan lejos de mis intenciones, ya que en este caso—si este caso era posible en mí—, esa carta la hubiera dirigido, no a un cartelista, sino a otro pintor.

Dices tú: «El cartelista tiene impuesta en su función social una finalidad distinta a la puramente emocional del artista libre». Sí; es cierto, o mejor dicho,

era y será cierto, porque mientras dure la guerra nadie me podrá convencer de esas «imposiciones». No, esa «servidumbre objetiva» del cartelista, que supones no entiendo ni comprendo, me es, por el contrario, completamente familiar, y hasta tal extremo, que gran parte de mi vida la he gastado—gastar no es de ningún modo perder—haciendo bocetos para una litografía de donde salen gran cantidad de etiquetas para los botes de tomate y de melocotón. No, no se me ocultan los rigurosos compromisos, deberes, exigencias, obligaciones, a que está sometido un dibujante o cartelista. Pero yo pensaba, yo pienso que, precisamente, la guerra, eso que atañe a todos, había de levantar esas condenas. Sobre todo cuando la guerra era todavía guerra civil.

Tampoco ignoro que el cartelista trabaja, tiene que trabajar casi al dictado, pero eso sucede mayormente en lo que yo llamaría *vida menor* de la guerra, es decir, precisamente en esos temas que tú precisas—mando único, respeto a la pequeña propiedad, intensificación de los productos del campo—, o sea, en la parte práctica. Parte importantísima, claro, pero que no es la aludida por mí en la carta primera. Y al decir esto, no quiero que me confundas con un... idealista—por lo menos a la manera que esta palabra se suele entender—, ya que las realidades no solamente me son conocidas, sino amadas. Lo que me pasa es que no sufro esa confusión y trabucación de esos dos tipos de gentes—intelectuales—que tanto se destacan por ahí, y que consisten sus dos corrientes distintas en pretender los unos que el espíritu puede resolver problemas prácticos, y los otros que lo práctico tiene mucho que hacer en el espíritu. No, no soy de los unos ni de los otros. El idealismo para el ideal, lo práctico para la práctica. Ni se puede ganar la guerra con un poema—porque el arte no es ni una herramienta, ni una ametralladora—, ni se puede, en vista de esto, inyectarle al arte un contenido político. Y fíjate que sólo digo político, ya que el social lo tuvo siempre, lo tiene siempre fatalmente, aunque sin él mismo saberlo, que es como debe tener el arte sus valores: ignorándolos.

El cartel de llamada a la lucha, que sepa inflamar la conciencia, la íntima responsabilidad de cada uno, es el que yo digo no haber visto. En mi carta sólo aludía a un cartel que hablase, no de la pequeña propiedad de este o aquel huerfano, sino de la gran propiedad humana.

Y nada más, aunque sean muchos los puntos de disconformidad con tu carta, ya que para no enmarañarnos sólo quiero tratar aquí el tema de nuestro tropiezo en lo que tiene de más simple, desnudándolo de sus numerosas, sutiles complicaciones y derivaciones. Por ejemplo, sobre «El profundo valor expresivo de la *tinta plana*» en Picasso y los cubistas mucho me gustaría hablar—demostrando, claro es, lo que de camelo inteligente y divertido tuvo todo eso—, pero creo muy poco propicio el instante ya que llevaría todo un ensayo, es decir, robaría demasiado tiempo presente. Y quiero terminar asegurándote que estás equivocado cuando dices, a propósito de mi carta, que «hoy es menos lícito que nunca hacer del propio temperamento una teoría», ya que el cartel que yo pido no es,

de ningún modo, el que yo más puedo hacer, siendo suficiente recordar algunas cosas más para saber que si algo caracteriza mis acuarelas y cuadros no es nunca el dramatismo y la exaltación.

En fin, pienso, a pesar de todo, mi buen compañero, que venimos a estar conformes, o casi conformes, aunque no nos podamos entender.

RAMON GAYA

CONFERENCIAS

«EL ARTE COMO HERRAMIENTA DE LUCHA». Conferencia pronunciada por David A. Siqueiros en la Universidad de Valencia. Febrero, 1937.

Ante una nutrida concurrencia, el gran pintor mexicano Siqueiros nos ofreció un interesante resumen del arte de su país. Alentó a la juventud artística española a utilizar sus conocimientos técnicos al servicio de la revolución, atribuyendo a la pintura un valor funcional. Considera que en los talleres o grupos colectivos pueden tomar participación incluso aquellos profesionales que no alcanzaron maestría en el oficio.

Nacido el nuevo arte mexicano en un período de intensa lucha revolucionaria, es natural que adquiriese tales características. Saludamos en Siqueiros al noble pueblo mexicano, de cuya cultura es este artista uno de los más destacados valores.

«LO QUE SOLANA Y SOUTO PUEDEN SER» y «EL POETA COMO JUGLAR DE GUERRA». Conferencias por Ramón Gaya y Juan Gil-Albert en la Exposición del Libro Antifascista. Febrero, 1937.

La conferencia de Ramón Gaya en su primera parte, principalmente, constituye un buen prólogo a cuantas actividades tiene en su camino la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura. «Defender la cultura es no dejarla descansar», nos dice, y con estas palabras impone un ineludible deber a los artistas que se desenvuelven en «la tranquilidad angustiosa de la retaguardia». Gaya, de acuerdo con la hora en que vivimos, presentó batalla a todos los enemigos de nuestra cultura, sin olvidar eso que yo llamaría la quinta columna contra la inteligencia, integrada por aquellos que, «fracasados, derrotados como intelectuales, han aprovechado estas terribles circunstancias que rodean al hombre español para intentar salvarse diciendo que no es hora de literaturas ni versos, cuando, en realidad, la hora que no es de ningún modo es la de los farsantes y atacadores artísticos. No es la hora de la mentira, y por eso no puede ser la hora de ellos, de la literatura y la pintura de ellos. Pero, ¿no sería terrible que Goya, en 1908, hubiese dicho: no es hora de pintar, no es hora de pinturas? Hoy

nos faltarían la mitad de sus grabados y varias de sus telas más impresionantes». Ramón Gaya, tras estas manifestaciones, pasó a explicar el tema de su disertación: «Lo que Solana y Souto pueden ser», haciendo atinadas observaciones sobre estos dos grandes artistas.

Al terminar su conferencia el ambiente estaba preparado para el poeta Juan Gil-Albert, que leyó, en primer plano, un romance de Lorenzo Varela. A continuación desarrolló el tema: «El poeta como juglar de guerra». El poeta y el pueblo, antes de esta guerra, estaban unidos por el sufrimiento, pero el poeta no ha producido ahora una poesía de guerra original: «animadora de esas hecatombes modernas que ciertos Estados pretenden presentarnos como una risueña fatalidad engendradora de vida. No... La guerra sigue siendo la diosa para ellos... No es la guerra, sino la revolución la que todos queríamos... Los españoles aceptamos la guerra como un deber..., pero el deber rara vez se canta cuando es de naturaleza homicida... La guerra, convirtiendo al poeta en juglar, le ha conferido por unos meses el don del anónimo; es el momento español en que el romance de monótona música y tristes acentos va a ser oído sobre un hervidero humano que adivina quizás en la anécdota narrada por el octosílabo puro y sencillo una herencia de siglos... Esta fase de guerra romanceada ha expirado ya... Heroísmo y amor, he ahí el medio en que conviven noblemente el poeta y el pueblo; de ellos, de ese heroísmo y de ese amor brotan la vida y la muerte, los inaprehensibles temas que el poeta ha cantado en todos los tiempos. La muerte es ahora fácil; la vida, dura. Enterrar a esos muertos como se merecen y acompañar en su dura ascensión hacia la vida al pueblo con el que hemos tomado un caliente contacto, este es el tremendo destino del poeta cesadas, en el territorio donde los españoles levantan los puños, sus correrías de juglar».

Las anteriores palabras de Juan Gil-Albert, entresacadas de su discurso, constituyen el mejor índice, indicio de su acertada conferencia.

M. A.

SUMARIO: Antonio Machado: Sigue hablando Mairena a sus alumnos. Máximo José Kahn: La cultura de los judíos sefarditas. Mariano José de Larra: La Planta Nueva, o el faccioso (fragmento). Manuel Altolaguirre: Última Muerte (poemas). El centenario de Puschkin. Alejandro Puschkin: La aldea (poema). Antonio Porras: Calles de Madrid (Testimonios). Adolfo S. Vázquez: Málaga, ciudad sacrificada (Testimonios). Antonio Sánchez Barbudo: Un pueblo andaluz (Testimonios). José María Ots: La no intervención. Rosa Chacel: La primera palabra sobre la vida. Rafael Dieste: Juan de Mairena. Mariano G. Fernández: Notas sobre un poema de Karl Liebknecht. M. Altolaguirre: Conferencias. Pablo Neruda: Federico García Lorca.

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

R E V I S T A M E N S U A L

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

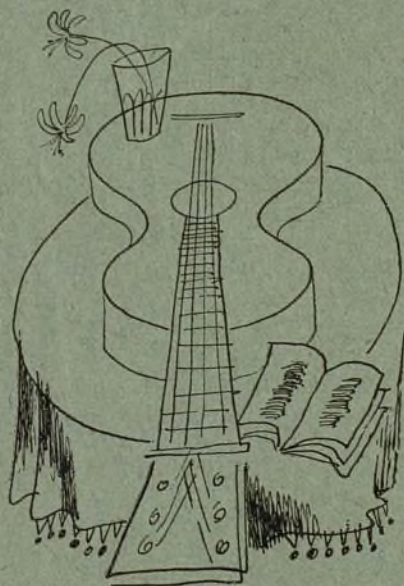
REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.

SECRETARIO: *ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 18 PESETAS

Pablo Neruda

*Federico García
Lorca*



París, 1937

Ayuntamiento de Madrid

Federico García Lorca

¡Cómo atreverse a destacar un nombre de esta inmensa selva de nuestros muertos! Tanto los humildes cultivadores de Andalucía, asesinados por sus enemigos inmemoriales, como los mineros muertos en Asturias, y los carpinteros, los albañiles, los asalariados de la ciudad y el campo, como cada una de miles de mujeres asesinadas y niños destrozados, cada una de estas sombras ardientes tiene derecho a aparecer ante vosotros como testigos del gran país desventurado, y tiene sitio, lo creo, en vuestros corazones, si estáis limpios de injus-

ticia y de maldad. Todas estas sombras terribles tienen nombre en el recuerdo, nombres de fuego y lealtad, nombres puros, corrientes, antiguos y nobles como el nombre de la sal y del agua. Como la sal y el agua se han perdido otra vez en la tierra, en el nombre infinito de la tierra. Porque los sacrificios, los dolores, la pureza y la fuerza del pueblo de España se sitúan en esta lucha purificadora más que en ninguna otra lucha con un panorama de llanuras y trigos y piedras, en medio del invierno, con un fondo de áspero planeta disputado por la nieve y la sangre.

¿Sí, cómo atreverse a escoger un nombre, uno sólo, entre tantos silenciosos? Pero es que el nombre que voy a pronunciar entre vosotros tiene detrás de sus sílabas oscuras una tal riqueza mortal, es tan pesado y tan atravesado de significaciones que al pronunciarlo se pronuncian los nombres de todos los que cayeron defendiendo la materia misma de sus cantos, porque era él el defensor sonoro del corazón de España.

¡Federico García Lorca! Era popular como una guitarra, alegre, melancólico, profundo y claro como un niño, como el pueblo. Si se hubiera buscado difícilmente, paso a paso por todos los rincones a quíen sacrificar, como se sacrifica un símbolo, no se hubiera hallado lo popular español, en velocidad y profundidad, en nadie ni en nada como en este ser escogido. Lo han escogido bien quienes al fusilarlo han querido disparar al corazón de su raza. Han escogido para doblegar y martirizar a España agotarla en su perfume más rápido, quebrarla en su respiración más vehemente, cortar su risa más indestructible. Las dos Españas más inconciliables se han experimentado ante esta muerte: la España verde y negra de la espantosa pezuña diabólica, la España subterránea y maldita, la España crucificadora y venenosa de los grandes crímenes dinásticos y eclesiásticos, y frente a ella la España radiante del orgullo vital y del espíritu, la España meteórica de la intuición, de la continuación y del descubrimiento, la España de Federico García Lorca.

Estará muerto él, ofrecido como una azucena, como una guitarra salvaje, bajo la tierra que sus asesinos echaron con los pies encima de sus heridas, pero su raza se defiende como sus cantos, de pie y cantando, mientras le salen del alma torbellinos de sangre, y así estarán para siempre en la memoria de los hombres.

No sé cómo precisar su recuerdo. La violenta luz de la vida iluminó sólo un momento su rostro ahora herido y apagado. Pero en ese largo minuto de su vida su figura resplandeció de luz solar. Así como desde el tiempo de Góngora y Lope no había vuelto a aparecer en España tanto *élan* creador, tanta movilidad de forma y lenguaje, desde ese tiempo en que los españoles del pueblo besaban el hábito de Lope de Vega no se ha conocido en lengua española una seducción popular tan inmensa dirigida a un poeta. Todo lo que tocaba, aún en las escalas de esteticismo misterioso, al cual como gran poeta letrado no podía renunciar sin traicionarse, todo lo que tocaba se llenaba de profundas esencias, de sonidos que llegaban

hasta el fondo de las multitudes. Cuando he mencionado la palabra esteticismo, no equivoquemos: García Lorca era el antiestetista, en este sentido de llenar su poesía y su teatro de dramas humanos y tempestades del corazón, pero no por eso renuncia a los secretos originales del misterio poético. El pueblo, con maravillosa intuición, se apodera de su poesía, que ya se canta y se cantaba como anónima en las aldeas de Andalucía, pero él no adulaba en sí mismo esta tendencia para beneficiarse, lejos de eso: buscaba con avidez dentro y fuera de sí.

Su antiestetismo es tal vez el origen de su enorme popularidad en América. De esta generación brillante de poetas como Alberti, Alexandre, Altolaguirre, Cernuda, etc., fué tal vez el único sobre el cual la sombra de Góngora no ejerció el dominio de hielo que el año 1927 esterilizó estéticamente la gran poesía joven de España. América, separada por siglos de océano de los padres clásicos del idioma, reconoció como grande a este joven poeta atraído irresistiblemente hacia el pueblo y la sangre. He vis-

to en Buenos Aires, hace tres años, el apogeo más grande que un poeta de nuestra raza haya recibido, las grandes multitudes oían con emoción y llanto sus tragedias de inaudita opulencia verbal. En ella se renovaba cobrando nuevo fulgor fosfórico el eterno drama español, el amor y la muerte bailando una danza furiosa, el amor y la muerte enmascarados o desnudos.

Su recuerdo, trazar a esta distancia su fotografía, es imposible. Era un relámpago físico, una energía en continua rapidez, una alegría, un resplandor, una ternura completamente sobrehumana. Su persona era mágica y morena, y traía la felicidad.

Por curiosa e insistente coincidencia los dos grandes poetas jóvenes de mayor renombre en España, Alberti y García Lorca se han parecido mucho, hasta la rivalidad. Ambos andaluces dionisiacos, musicales, exuberantes, secretos y populares, agotaban al mismo tiempo

los orígenes de la poesía española, el folklore milenario de Andalucía y Castilla, llevando gradualmente su poética desde la gracia aérea y vegetal de los comienzos del lenguaje hasta la superación de la gracia y la entrada en la dramática selva de su raza. Entonces se separan; mientras uno, Alberti, se entrega con generosidad total a la causa de los oprimidos y sólo vive en razón de su magnífica fe revolucionaria, el otro vuelve más y más en su literatura hacia su tierra, hacia Granada, hasta volver por completo, hasta morir en ella. Entre ellos no existió rivalidad verdadera, fueron buenos y brillantes hermanos, y así vemos que en el último regreso de Alberti de Rusia y Méjico, en el gran homenaje que en su honor tuvo lugar en Madrid, Federico le ofreció, en nombre de todos, aquella reunión con palabras magníficas. Pocos meses después partió García Lorca a Granada. Y allí, por extraña fatalidad, le esperaba la muerte, la muerte que reservaban a Alberti los enemigos del pueblo. Sin olvidar a nuestro gran poeta muerto recordemos un segundo a nuestro gran camarada vivo, Alberti, que con un grupo de poetas como Serrano Plaja, Miguel Hernández, Emilio Pra-

dos, Antonio Aparicio, están en este instante en Madrid defendiendo la causa de su pueblo y su poesía.

Pero la inquietud social en Federico, tomaba otras formas más cercanas a su alma de trovador morisco. En su *troupe* La Barraca recorría los caminos de España representando el viejo y grande teatro olvidado: Lope de Rueda, Lope de Vega, Cervantes. Los antiguos romances dramatizados eran devueltos por él al puro seno de donde salieron. Los más remotos rincones de Castilla conocieron sus representaciones. Por él los andaluces, los asturianos, los extremeños volvieron a comunicarse con sus geniales poetas apenas recién dormidos en sus corazones, ya que el espectáculo los llenaba de asombro sin sorpresa. Ni los trajes antiguos, ni el lenguaje arcaico chocaba a esos campesinos que muchas veces no habían visto un automóvil ni escuchado un gramófono. Por en medio de la tremenda, fantástica pobreza del campesino español que aún yo, yo he visto vivir en cavernas y alimentarse de hierbas y repti-

les, pasaba este torbellino mágico de poesía llevando entre los sueños de los viejos poetas los granos de pólvora e insatisfacción de la cultura.

El vió siempre en aquellas comarcas agonizantes la miseria increíble en que los privilegiados mantenían a su pueblo, sufrió con los campesinos el invierno en las praderas y en las colinas secas, y la tragedia hizo temblar con muchos dolores su corazón del sur.

Me acuerdo ahora de uno de sus recuerdos. Hace algunos meses salió de nuevo por los pueblos. Se iba a representar «Peribáñez», de Lope de Vega, y Federico salió a recorrer los rincones de Extremadura para encontrar en ellos los trajes, los auténticos trajes del siglo xvii que las viejas familias campesinas guardan todavía en sus arcas. Volvió con un cargamento prodigioso de telas azules y doradas, zapatos y collares, ropaje que por primera

vez veía la luz desde siglos. Su simpatía irresistible lo obtenía todo.

Una noche en una aldea de Extremadura, sin poder dormirse, se levantó al aparecer el alba. Estaba todavía lleno de niebla el duro paisaje extremeño. Federico se sentó a mirar crecer el sol junto a algunas estatuas derribadas. Eran figuras de mármol del siglo XVIII y el lugar era la entrada de un señorío feudal, enteramente abandonado, como tantas posesiones de los grandes señores españoles. Miraba Federico los torsos destrozados, encendidos en blancura por el sol naciente, cuando un corderito extraviado de su rebaño comenzó a pastar junto a él. De pronto cruzaron el camino cinco o siete cerdos negros que se tiraron sobre el cordero y en unos minutos, ante su espanto y su sorpresa, lo despedazaron y devoraron. Federico, presa de miedo indecible, inmovilizado de horror, miraba los cerdos negros matar y devorar al cordero entre las estatuas caídas, en aquel amanecer solitario.

Cuando me lo contó al regresar a Madrid

su voz temblaba todavía porque la tragedia de la muerte obsesionaba hasta el delirio su sensibilidad de niño. Ahora su muerte, su terrible muerte que nada nos hará olvidar, me trae el recuerdo de aquel amanecer sangriento. Tal vez a aquel gran poeta, dulce y profético, la vida le ofreció por adelantado, y en símbolo terrible, la visión de su propia muerte.

He querido traer ante vosotros el recuerdo de nuestro gran camarada desaparecido. Muchos quizá esperaban de mí tranquilas palabras poéticas distanciadas de la tierra y de la guerra. La palabra misma España trae a mucha gente una inmensa angustia mezclada con una grave esperanza. Yo no he querido aumentar estas angustias ni turbar nuestras esperanzas, pero recién salido de España, yo, latino-americano, español de raza y de lenguaje, no habría podido hablar sino de sus desgracias. No soy político ni he tomado nunca parte en la contienda política, y mis palabras, que muchos habrían deseado neutrales, han estado teñidas de pasión. Comprendedme y compren-

ded que nosotros, los poetas de América Española y los poetas de España, no olvidaremos ni perdonaremos nunca, el asesinato de quien consideramos el más grande entre nosotros, el ángel de este momento de nuestra lengua. Y perdonadme que de todos los dolores de España os recuerde sólo la vida y la muerte de un poeta. Es que nosotros no podremos nunca olvidar este crimen, ni perdonarlo. No lo olvidaremos ni lo perdonaremos nunca. Nunca.